

LA ECONOMÍA Y LAS FORMAS URBANAS EN AMÉRICA LATINA

Emilio Pradilla Cobos*

Resumen

Muchos investigadores de la problemática urbana en América Latina recurren a conceptos y descripciones elaboradas en los países hegemónicos del primer mundo para explicar nuestras realidades, sin tomar en cuenta las diferencias histórico-sociales entre ambos mundos, evidenciando así el colonialismo intelectual vigente. En una línea contraria a esa relación de dominio, en este trabajo se lleva a cabo un recuento de los debates teórico-interpretativos más importantes desde los años sesenta del siglo XX en América Latina entre los investigadores y las teorías importadas a la región en los campos de la economía y la morfología urbanas. Ello permite constatar que dichas teorías importadas no dan cuenta de nuestra realidad y que en la región se han desarrollado opciones de análisis propias y adecuadas a las particularidades latinoamericanas.

* Doctor en Urbanismo, profesor-investigador del Departamento de Teoría y Análisis de la UAM-Xochimilco; e investigador del Sistema Nacional de Investigadores.

Se sintetizan los debates en torno a la dependencia, la urbanización dependiente, la marginalidad, la informalidad, la ciudad dual, las etapas del desarrollo, el capitalismo monopolista de Estado y los medios de consumo colectivo, la industrialización y la desindustrialización, la teoría de la regulación, la revolución terciaria, la globalización y la ciudad global; la escuela ecológica de Chicago y los contornos urbanos; la ciudad informacional y el espacio de los flujos, además se señalan sus alternativas críticas. Se concluye la necesidad de seguir desarrollando opciones teórico-interpretativas propias para analizar los problemas urbanos latinoamericanos en su especificidad y su diferencia.

Palabras clave: América Latina, teoría urbana, economía y morfología urbana, colonialismo intelectual.

Abstract

Many researchers of urban problems in Latin America, rely on concepts and descriptions made in the first world hegemonic countries, to explain our reality, regardless of socio-historical differences between the two worlds, an indication of current intellectual colonialism. In a line contrary to that relationship domain, this work is carried out a count of the most important theoretical and interpretive debates developed since the sixties of the twentieth century in Latin America between Latin American researchers and theories imported into the region, in the fields of economics and urban morphology, which reveals that the imported theories do not account for our reality, and in the region have developed their own analysis and options appropriate to the particularities of Latin America. Summarizes the discussions of dependency, dependent urbanization, marginalization, informality, dual city, the stages of development, state-monopoly capitalism and the means of collective consumption, industrialization and deindustrialization, the theory of regulation, tertiary revolution, globalization and the global city, Chicago ecological school and urban contours, the informational

city and the space of flows, and highlights its critical alternatives. We conclude on the need to further develop theoretical and interpretive options for analyzing own Latin American urban problems in their specificity and their difference.

Keywords: Latin America, urban theory, urban economics and morphology, intellectual colonialism.

Introducción

La investigación y la gestión urbana en América Latina se han llenado de conceptos y modelos tomados de publicaciones y autores de los países dominantes en el capitalismo, sin cuestionar su validez para nuestros países o ciudades colocados en el polo dominado, y sin hacer siquiera un esfuerzo de adaptación a nuestra realidad. En la esfera política y en los medios de comunicación ocurre lo mismo.

Se construyen “marcos teóricos” y se llenan los textos con una sucesión indiscriminada de referencias de autores “académicamente correctos”, sin preguntarse cómo se definen en lo teórico o político, si se trata de epígonos o de críticos del capitalismo actual. Así, David Harvey, Immanuel Wallerstein, Anthony Giddens, Alain Lipietz, Saskia Sassen, Manuel Castells –de 1972 y de 1996–, Paul Krugman, Michael Porter y otros, forman un salpicón textual que dista mucho de la coherencia teórica que pueda tener cada uno de ellos, o de las diferentes teorías generales de las que parten.

La *globalización*, esa tercera persona de la “santísima trinidad” de la religión neoliberal, que está en todas partes y nadie ve, que todos nombran pero nadie define, que todo homogeniza, es la justificación de cualquier hecho; la “muerte de las grandes teorías”, decretada sin acta de defunción por el *postmodernismo* (Lyotard [1989], 1990), explica cualquier eclecticismos. Asistimos a un nuevo episodio del viejo colonialismo intelectual en su polo dominado, receptor pasivo.

No nos referimos a la presencia y validez del uso de las concepciones del mundo, de las grandes teorías sociales, a las que cada vez recurrimos menos, sino al de las conceptualizaciones, interpretaciones, descripciones propias de lo que llamamos la *teoría particular* –regional o urbana– que analiza

lo concreto del territorio, donde reina la particularidad, la especificidad.

En este ensayo, ubicado en la línea de la descolonización de la teoría territorial, la urbana en particular, buscamos enfrentar esta homogeneización del mundo, espuria y dañina, utilizando entre otras, la herramienta teórica marxista del *desarrollo desigual y combinado* (Pradilla, 2009: I). Lo hacemos ahora para una parte de la conceptualización utilizada en el análisis de las relaciones entre economía y territorio urbano, mediante el seguimiento de los grandes debates desarrollados en nuestra región geopolítica desde los años sesenta del siglo XX, cuando la ligazón entre industrialización y urbanización mostró sus contradicciones.

Industrialización y urbanización: campo del debate teórico

Desde la década de 1940 los principales países de América Latina fueron escenario de la convergencia de dos procesos mutuamente determinados: la industrialización por sustitución de importaciones y la urbanización acelerada, que colocaron a la ciudad y sus problemas en el primer plano de las preocupaciones de los científicos sociales.

Explicar estos procesos y sus manifestaciones dio lugar a la elaboración (autónoma o subordinada a las corrientes teóricas dominantes en Europa o los Estados Unidos), de conceptos y explicaciones que suscitaron amplios debates preñados de contenido político e implicaciones para el futuro del subcontinente.

Entre estos debates resaltaron los que se desarrollaron sobre: *a)* la dependencia que dio sustento a la urbanización dependiente, criticada por las explicaciones derivadas de la teoría del imperialismo y el desarrollo capitalista tardío; *b)* la crisis del

campo tradicional versus el desarrollo capitalista agrario, con implicaciones sobre la naturaleza y el ritmo del proceso de urbanización; *c*) la teoría de la marginalidad y su variante, la marginalidad estructural, enfrentada a la conceptualización sobre el ejército industrial de reserva; y *d*) el dualismo urbano frente a las explicaciones derivadas del desarrollo desigual y combinado.

Estas formulaciones teóricas tuvieron su propia lógica de articulación compleja; aún se encuentran en los textos de investigación. Algunas de las cuestiones que hoy se discuten están ligadas, directa o indirectamente, con esos debates, por la continuidad conceptual o por el parentesco teórico.

Imperialismo o dependencia

Las tres compilaciones de textos más significativas sobre el proceso de urbanización en América Latina publicadas en la primera mitad de los años sesenta (Castells, 1973; Schteingart, 1973; y Unikel y Necochea, 1975), incluían en sus títulos, subtítulos o en su contenido, los conceptos clave del debate: imperialismo o dependencia.

En esos años el crecimiento económico impulsado por la industrialización mantenía altas tasas mientras que registraba los primeros síntomas de desaceleración y las ciudades mostraban sus efectos negativos: crecimiento demográfico y físico acelerado, tugurización de áreas centrales y multiplicación de asentamientos irregulares precarios periféricos, desempleo masivo y surgimiento de formas callejeras de subsistencia, etc. (Pradilla, 2009: 28 y ss.). Lo urbano adquiría relevancia y pertinencia como tema político y de investigación.

Muchos investigadores latinoamericanos y algunos europeos y estadounidenses interesados en la problemática latino-

americana (sobre todo de una nueva generación influida por la Revolución cubana, la fallida experiencia chilena de la Unidad Popular y otros procesos de cambio) abordaron la temática urbana desde orientaciones teóricas marxistas, revolucionarias, socialistas, etc. El debate teórico era intenso y colocaba de un lado a quienes sostenían que el desarrollo del capitalismo llevaría a la superación de los problemas urbanos y, del otro, a quienes consideraban necesario un cambio socioeconómico más o menos radical.

Partiendo de lo planteado inicialmente por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), en su versión radical formulada por Cardoso y Faletto en 1969, Manuel Castells¹ y otros investigadores adoptaron el concepto de *dependencia*, sustituyendo al de *subdesarrollo* criticado por su origen estadounidense y su carácter etapista. Castells, citando a Cardoso y Faletto, definía así la dependencia:

Una sociedad es dependiente cuando la configuración de su estructura social, en el nivel económico, político e ideológico refleja relaciones asimétricas, con respecto a otra formación social que se encuentra en relación a la primera en situación de poder. Por situación de poder entendemos que la estructuración de las relaciones de clase en la sociedad dependiente refleje la forma de supremacía social adoptada por la clase en el poder en la sociedad dominante (Castells [1972], 1978: 55).

La teoría de la dependencia, que adquirió gran popularidad, fue criticada por Salomón Kalmanovitz, Francisco de Oliveira, Francisco Weffort, Paul Singer y otros. En mi texto de 1984 (pp. 621 y ss.) retomé estas críticas: *a*) el concepto es simplista

¹ Sociólogo español radicado en Francia, se proclamaba entonces dentro del marxismo y realizó diversas investigaciones sobre movimientos sociales en Chile durante la Unidad Popular, y publicó su obra ya clásica *La cuestión urbana* (1972).

al ignorar las múltiples vías de desarrollo económico y social, y considerar la situación latinoamericana como “reflejo” de la dominante en los Estados Unidos; *b*) es prisionero de una teoría mecanicista del reflejo invertido en el espejo; *c*) deja de lado la particularidad de los procesos en distintas formaciones sociales; *d*) no establece diferencias entre una situación de dominación colonial y la de *dependencia*; *e*) considera a las clases dominantes y dominadas locales como inermes y carentes de intereses propios; y *f*) desestima la resistencia de las sociedades colonizadas o “dependientes” ante la dominación.

Reconocemos que a pesar de los problemas teóricos de esta formulación, tuvo el mérito de ser una respuesta crítica, nacionalista (Weffort, 1974), con implicaciones de cambio estructural, a la noción de *subdesarrollo*, preñada de elementos lineales provenientes de las “etapas sucesivas del desarrollo”, e intercambiable con la de “países en vías de desarrollo”.

El debate sobre la dependencia se cruzó con el de la naturaleza del imperialismo. Mientras que unos autores, incluyendo a los *dependentistas* con su óptica liberal nacionalista, consideraban el imperialismo como un problema de dominio nacional de un país sobre otro, algunos más sustentaban la postura de Lenin en la que el imperialismo aparece como “fase superior del capitalismo” (Lenin [1917], 1961), tal como una relación de dominación y explotación de clase propia del capitalismo. En este sentido, Paul Singer afirmaba:

La crítica de los clásicos al imperialismo se centraba en dos aspectos: en la explotación, o sea en la transferencia de excedente del país dominado al dominante y en la transferencia, de regreso, del país dominante al dominado de las contradicciones del propio capitalismo: crisis, desempleo, etc. La actualización de esta crítica frente a las condiciones presentes, y su aplicación

concreta a América Latina es una tarea necesaria, que las ciencias sociales (del continente y de fuera) mal iniciaron. Pero es cosa muy diferente inculpar al imperialismo de las contradicciones del capitalismo en sí, al mismo tiempo, contraponerlo a un capitalismo nacional eximido de contradicciones. Este tipo de crítica peca de falta de base teórica y de comprobación empírica (Singer, 1973: 293).

Singer sostenía que debíamos analizar la situación de las formaciones sociales latinoamericanas como expresión de la dominación del imperialismo sobre el desarrollo capitalista propio de los países latinoamericanos, al cual Kalmanovitz (1982) definía como *desarrollo capitalista tardío*: la industrialización se inició siglo y medio después de la Revolución industrial, cuando los países europeos alcanzaron un grado relativamente alto de desarrollo de sus fuerzas productivas: poco consumidor de fuerza de trabajo; cuando el capitalismo había llegado a una avanzada fase de concentración y centralización monopólica del capital y de dominación imperialista a través de grandes empresas industriales, comerciales y bancarias transnacionales. Y en nuestros países se anudó la contradicción estructural de la balanza comercial consistente en que todo desarrollo económico implicaba un mayor déficit de la balanza comercial y de pagos y la necesidad de recurrir al crédito externo y a la importación de capitales.

Urbanización dependiente o desarrollo capitalista agrario

Para los autores que adoptaron la teoría de la dependencia, lógicamente la urbanización latinoamericana en la segunda posguerra era *dependiente* y Castells la caracterizaba así:

La urbanización latinoamericana [tiene los siguientes] rasgos: población urbana que supera la correspondiente al nivel productivo del sistema; no relación directa entre empleo industrial y urbanización pero asociación entre producción industrial y crecimiento urbano; fuerte desequilibrio en la red urbana en beneficio de una aglomeración predominante; aceleración creciente del proceso de urbanización; insuficiencia de empleo y servicios para las nuevas masas urbanas y por consiguiente, acentuación de la segregación ecológica por clases sociales y polarización del sistema de estratificación al nivel de consumo (Castells [1972], 1978: 71).

Buscando en América Latina el “reflejo” de lo ocurrido en Europa, Castells y otros autores lo toman como modelo del “deber ser” de nuestro proceso, y encuentran que la urbanización latinoamericana presenta rasgos diferentes. Pero no explican por qué lo ocurrido en Europa, siglo y medio antes y en otras condiciones históricas, era válido como modelo para América Latina, tampoco si ese “modelo” existió y fue conveniente para la población de esos países, lo cual sería negado por los movimientos revolucionarios obreros contra el capitalismo en el siglo XIX europeo (Pradilla, 1984: 651 y ss.).

El aspecto más contradictorio de esa formulación es la explicación de la urbanización acelerada como resultado de la combinación de la *expulsión* de campesinos por la descomposición de la sociedad agraria tradicional y la *atracción* de la ciudad sobre las masas emigrantes. Singer (1973) y yo (1981 y 1984) la criticamos considerando que fue el desarrollo capitalista agrario (por la vía *gran terrateniente*, autoritaria, violenta y concentradora de la propiedad, para sustentar la industrialización urbana con excedentes de materias primas baratas y fuerza de trabajo suficiente), el factor más importante de

expulsión campesina; y que lo inexplicable en esas circunstancias no es lo acelerado de la urbanización, sino por qué no fue más acelerada.

La teoría de la marginalidad o el ejército industrial de reserva

A finales de los años sesenta surgió en América Latina una “teoría” que pretendía, desde una visión conservadora, explicar los fenómenos urbanos: la *teoría de la marginalidad*, que alcanzó gran popularidad (Desal, 1969; Germani, 1973). Echaba raíces en la *teoría de la modernización* propuesta en los años cincuenta por la antropología estadounidense, en particular Robert Redfield y Óscar Lewis y su *continuum folk-urbano* (Bassols et al., 1988: IV). Germani definía así la marginalidad:

Puede definirse como marginalidad la falta de participación de individuos y grupos en aquellas esferas en las que de acuerdo con determinados criterios les correspondería participar [...] Es esencial señalar que este sector no está ubicado (socialmente) fuera de la sociedad, sino que, hallándose dentro de ella (y siendo eventualmente “utilizado” o “explotado” por algunos de los sectores participantes), queda excluido del ejercicio de los roles y el goce de los derechos que le “corresponderían” según el esquema normativo (utilizado) y que tal exclusión es suficientemente amplia como para establecer un clivaje o veto con respecto al sector participante, en todos sus estratos, inclusive los “bajos” (Germani, 1973: 65 y 85).

La solución a la marginalidad sería la “integración a” mediante la “participación en” la sociedad moderna, lo cual ocurriría con el proceso de modernización; en otras palabras,

la integración en la sociedad capitalista (Desal, 1969: I, 51). El concepto de *marginalidad* y sus “soluciones” se expandieron rápidamente a nuestro campo de investigación con derivaciones como *marginalidad urbana*, *marginalidad ecológica*, *vivienda marginal*, *empleo marginal*, etcétera.

En nuestra crítica (Pradilla [1974-1985], 1987: II y Pradilla, 1984: 5.E) señalábamos que la teoría de la marginalidad consideraba el capitalismo como el modelo ideal, moderno, de desarrollo social, por lo cual quienes no participaban en él estaban “al margen” de la sociedad, y quienes sí participaban, estaban “integrados”, lo cual contrastaba con la realidad que colocaba a obreros y a empleados integrados al sistema, en situaciones similares a las de los “marginados”. Por su parte el desarrollo capitalista como proceso de modernización no llevaría a la eliminación de la situación de marginalidad, como lo muestra hoy el hecho de que más de medio siglo de desarrollo capitalista no ha garantizado la eliminación de las situaciones que esos autores consideraban marginales.

Aníbal Quijano (1973), Manuel Castells (1973) y otros, mantuvieron el concepto de *universo marginal*, con una óptica crítica radical, que sin embargo no superaba los condicionamientos ideológicos de su antecesor conservador. Para ellos este universo incluía a: a) los trabajadores asalariados del sector “tradicional” de la economía que no está ligado directamente a un capital que realice la plusvalía a escala mundial; b) el artesano y pequeño comercio de todo tipo; c) los vendedores de su fuerza de trabajo a personas; y d) los vendedores de su identidad biológica o “lumpen proletariado”. Para fijar la línea divisoria entre marginalidad e integración, partían del concepto de *capitalismo monopolista de Estado*, formulado por los partidos comunistas europeos, pues lo marginal estaba por debajo del umbral del capital monopolista (Pradilla, 1984: 697).

Lo que cambiaba era el límite a superar y no el modelo ideal, y el proceso a desarrollar para salir de la marginalidad. De la obra de Castells de esa época podemos derivar que la superación nacionalista de la dependencia y del capital monopolista, llevaría a la desaparición de las situaciones características de la marginalidad. Este supuesto absolvía al *capitalismo no monopolista* de la responsabilidad de causar desempleo, pobreza, penuria de vivienda adecuada, segregación socioterritorial, atraso cultural, entre otras, variables de la llamada *marginalidad*.

Otros investigadores optamos por explicar esta realidad latinoamericana a partir de los conceptos de la teoría general del marxismo: *explotación absoluta y relativa*, *sobreexplotación*, *superpoblación relativa*, *ejército industrial de reserva*, *lumpen proletariado* y sus aplicaciones a la forma social urbana y a la vivienda, incluyendo la teoría de la renta del suelo.

La ciudad dual o el desarrollo desigual y combinado

El dualismo estuvo presente en el dependentismo y el marginalismo; hoy sigue presente. Desde *La cuestión urbana*, Castells planteaba:

Más concretamente, en las metrópolis latinoamericanas coexisten los centros de negocios ligados a las multinacionales, los aparatos administrativos dependientes de la centralización estatal, las industrias ligadas al proceso de sustitución de importaciones, y la masa de población estructuralmente flotante proveniente de la destrucción de sectores productivos y economías regionales dominadas. La metrópoli latinoamericana se define justamente por la coexistencia articulada de esos dos mundos: del capitalismo dependiente de las multinacionales y

de las colonias proletarias donde se agrupan los remanentes de una sociedad desestructurada. Y tal coexistencia no es una dualidad accidental, sino que es la forma específica de las sociedades dependientes en la nueva fase de la dependencia: es resultado necesario del proceso de desarrollo económico y urbano que trataremos de analizar [...] (Castells [1972], 1978: 112).

Para nosotros no existían ni existen dos mundos separados ni el “proletario” es el remanente de una sociedad desestructurada proveniente de la destrucción de sectores productivos y economías regionales dominadas. Se trata de un solo mundo, el del capitalismo en América Latina en la fase imperialista, caracterizado por una desigualdad social lacerante, estructuralmente producida por la lógica de la explotación del trabajo necesario, la acumulación mundializada de la plusvalía, y la miseria del trabajo sobrante. Los proletarios son quienes construyen con su fuerza de trabajo explotada el capitalismo monopolista y el no monopolista, o sobreviven en sus intersticios. No hay dualidad estructural, sino *desarrollo desigual y combinado* de las formas sociales capitalistas articuladas a las precapitalistas sobrevivientes pero *subsumidas* formal o realmente al capital, porque todo proceso social implica un desarrollo desigual de las partes del todo, de las distintas formas sociales, lo que lleva a la configuración de la totalidad social como combinación de formas desigualmente desarrolladas.

La hegemonía de la escuela francesa de sociología urbana

Aunque las tasas de crecimiento del producto interno bruto (PIB) y del PIB per cápita se mantenían altas en América Latina,

en la década de 1970 (Pradilla, 2009: 313) el cambio de tendencia en las economías capitalistas desarrolladas y la desaceleración de 1974-1975 en nuestra región marcaron el agotamiento del patrón de acumulación de capital con intervención estatal, que se transformó en crisis terminal con la recesión de 1982.

En esa década el crecimiento demográfico en la región alcanzó su cima y sus tasas iniciaron el descenso; continuó el crecimiento urbano acelerado alimentado por las persistentes migraciones campesinas, pero su ritmo disminuyó en las grandes metrópolis, al tiempo que empezaba el crecimiento en otras ciudades de menor talla. La problemática urbana mantenía sus rasgos conflictivos.

En Francia, luego del estalinismo, Henri Lefebvre reabrió la discusión marxista sobre la ciudad capitalista, con su libro *El derecho a la ciudad* (1968) y otros posteriores. Luego se integraron a la temática, investigadores franceses como Jean Lojkin, Christian Topalov, Manuel Castells, Edmond Preteceille, y de otros países como Jordi Borja o Peter Hall cuyo aporte fue innegable, y sigue siendo muy influyente en la región, a pesar del cambio de orientación teórico-política de algunos de sus integrantes. Pero los planteamientos de esta corriente eran discutibles y fueron discutidos, desde el punto de vista marxista del que se reclamaban.

La investigación urbana en América Latina se multiplicó, alimentada por una nueva generación de investigadores formados en Europa y en los movimientos de izquierda, con diversas visiones ideológicas. En ese periodo la investigación crítica estaba influenciada por la escuela francesa de sociología urbana que se reclamaba entonces del marxismo y del proyecto eurocomunista. Manuel Castells y Jordi Borja se involucraron en los debates regionales sobre la dependencia, la marginalidad y los movimientos sociales urbanos, y sus

elaboraciones teóricas sobre la cuestión urbana en el capitalismo monopolista de Estado² ofrecían alternativas conceptuales de análisis.

El debate llegó simultáneamente, en la esfera de lo político, sobre el eurocomunismo, sus propuestas de caracterización de la etapa como capitalismo monopolista de Estado, y la estrategia de vía pacífica y democrática al socialismo, y en la esfera de lo urbano y sus contradicciones.

¿Existía capitalismo monopolista de Estado en América Latina?

El primer problema teórico que criticamos a la escuela francesa de sociología urbana (Pradilla, 1984), fue la existencia del capitalismo monopolista de Estado (CME). Valier, Theret y Wuieviorka, críticos franceses, rechazaban esta caracterización teórica y la existencia en Europa de sociedades que respondieran a este patrón estructural, argumentando en torno a tres ejes fundamentales: *a)* el uso incorrecto de las categorías de *sobreacumulación-desvalorización* del capital; *b)* la incapacidad del Estado capitalista para actuar como *desvalorizador universal* de capital; y *c)* la reducción de la explotación capitalista a la esfera de los monopolios, dejando fuera las empresas capitalistas no monopolísticas.

Pero aun si esta conceptualización hubiera sido válida para los países europeos y los Estados Unidos, reconocidos como imperialistas (aunque su capitalismo seguía vías estructurales diversas y tenían niveles distintos de desarrollo y de

² Esta conceptualización, elaborada por los intelectuales del Partido Comunista Francés y compartida por otros partidos europeos, fue objeto de una severa crítica por parte de otras corrientes marxistas europeas (véase Valier [1976], 1978 y Theret y Wueviorka [1978], 1980, entre otros).

dominio sobre otras naciones), su aplicación a los países latinoamericanos, sometidos al dominio imperialista estadounidense con base en el carácter de “reflejo en el espejo” propio de la teoría de la *dependencia*, era arbitraria.

Ningún país latinoamericano, ni siquiera los más desarrollados y con gobiernos más fuertes (México, Brasil y Argentina) podía tener la capacidad de desvalorización universal del capital, desarrollo de los bienes públicos, presencia del capital transnacional, como para validar las categorías del CME. Aunque fuéramos “reflejos”, lo cual negamos, seríamos reflejos invertidos, es decir, estados y sociedades dominadas por otro estado y los monopolios de otros países.

Si asumiéramos una postura lógica, al desmoronarse la estructura conceptual general ocurriría lo mismo con los conceptos particulares construidos a partir de ésta para explicar lo urbano. En América Latina, quienes usaron estos conceptos omitieron el sustento teórico general y tomaron prestados solo los conceptos particulares como si fueran herramientas de carpintería.

Medios de consumo colectivo o condiciones generales de la reproducción social

Una de las “herramientas” más usada en América Latina fue la de medios de consumo colectivo (MCC), propuesta por Manuel Castells ([1972], 1978), Jean Lojkin ([1977], 1978) y Christian Topalov (1979) en la variante más correcta de equipamientos colectivos de consumo.

En nuestra crítica (1984) señalamos que las actividades incluidas como MCC, implican tres elementos distintos: *a)* los soportes materiales –infraestructuras– con su propio proceso

de producción; *b*) los medios de producción del efecto útil con su proceso productivo específico; y *c*) el proceso de producción del efecto útil, valor de uso o servicio, que involucra los soportes, los medios y la fuerza de trabajo específica. De ahí se derivaba la pregunta no resuelta por estos autores ¿cuáles son los MCC?

Afirmábamos también que lo fundamental para analizar, siguiendo a Marx, no era el consumo del efecto útil, sino su proceso de producción, intercambio y distribución social, pues el consumo está fuera del ciclo económico. Sosteníamos que no existe el consumo colectivo de ningún valor de uso, sino consumo individual, sea productivo o improductivo.

Finalmente, en el tema urbano, afirmábamos que mediante los valores de uso, sus soportes y medios cumplen diversas funciones sociales según la actividad en la que participan: producción, intercambio mercantil o monetario, funcionamiento del Estado o de los aparatos ideológicos, u otras condiciones generales.

Postulábamos que el concepto marxista de *condiciones generales* era suficiente para caracterizar estos valores de uso y sus condiciones (soportes y medios de producción), a reserva de *a*) diferenciar los tres elementos arriba señalados; *b*) aplicar el concepto a las realidades actuales, que incluyen componentes y procesos no conocidos en el siglo XIX; *c*) diferenciar las condiciones generales según el proceso social al que sirven o se articulan: acumulación de capital (producción, circulación y cambio), reproducción de la población (fuerza de trabajo y no trabajo), reproducción de lo jurídico-político (política y Estado), y de lo ideológico; y *d*) en los casos de condiciones generales que se articulan a diversos procesos sociales, separar en el análisis la parte alícuota orientada a cada uno de ellos (Pradilla, 1984: 2-3).

La crisis de los paradigmas y la nueva verdad única

La crisis de la acumulación de capital en 1982, sincronizada mundialmente, trajo consigo la crisis de los dos paradigmas teóricos dominantes durante la mayor parte del siglo XX: en los años ochenta, el paradigma keynesiano del intervencionismo estatal, sustituido en todo el mundo por la ideología neoliberal (Guillén Romo, 1997); y en los noventa, el derrumbe del *socialismo real*, que trajo el retorno al capitalismo en la mayoría de los países ex socialistas y el ocaso del marxismo como teoría³ (Gilly, 2002).

La imposición del neoliberalismo en el Consenso de Washington y por los organismos multilaterales (FMI, Banco Mundial y luego la OMC) regresó la discusión económica a los años treinta del siglo XX, cuando Von Hayek perdió el debate ante Keynes, y las políticas económicas volvieron al *dejar hacer, dejar pasar* del librecambismo clásico y a los debates del marxismo original, en una época cuya situación histórica, política y cultural no tenía nada que ver con los años treinta o la mitad del siglo XIX. Los debates sobre la reprivatización de lo público, la desregulación estatal, la flexibilidad laboral, las ventajas competitivas, el adelgazamiento del Estado, el papel de la tecnología y la información, aparecieron como una versión retro.

La reconfiguración de lo urbano buscó adecuarlo al “nuevo” patrón de acumulación, se desdibujaron formas sociales creadas por el intervencionismo estatal, surgieron nuevas formas urbano-arquitectónicas, cuyo fin es la acumulación de

³ Aunque diversas corrientes marxistas habían criticado duramente la degeneración burocrática autoritaria de los regímenes comunistas desde el largo gobierno de José Stalin en la URSS, el derrumbe de estos gobiernos arrastró al desprestigio a todo el marxismo como teoría, incluidas las vertientes críticas antiestalinistas.

capital; pero los viejos problemas urbanos siguen ahí, al tiempo que se añaden otros nuevos.

En la teoría urbana reaparecieron viejos debates pero con nuevas caras, surgieron “nuevas” teorías ante la “crisis de los paradigmas” y la “muerte de los metarrelatos” decretada por la posmodernidad (Lyotard [1989], 1990); la teoría urbana se fragmentó en múltiples parcelas y a nombre de la “verdad única” de la *globalización* llegó otra vez la *noche de los gatos pardos*, en la que todo se llama igual, todo ocurre igual y seguimos viéndonos en el espejo en que los otros se miran a sí mismos.

Las nuevas caras de viejos debates

En las últimas décadas hemos asistido a la reedición de discusiones ocurridas en los años sesenta y setenta, con nuevas caras, añadiendo poco nuevo material a lo ya discutido. Así, aparecen los debates sobre la informalidad, las etapas del crecimiento económico, la desindustrialización, la revolución terciaria y el terciario “productivo”.

La informalidad

Como señala Priscilla Connolly (1990: 81) la discusión sobre el sector informal sucedió y se traslapó a la del sector marginal de la década de los años setenta. Según Alejandro Portes (1995: 119), el concepto apareció en un texto de la OIT sobre Ghana, en 1971, y estuvo presente en la literatura occidental durante esa década de agotamiento del patrón intervencionista de acumulación de capital en los países desarrollados. Algunos autores consideraban que el sector informal afectaba la función del Estado en dicho patrón, por lo que lo criticaban;

otros como Milton Friedman lo creían positivo por ir contra la regulación y los controles estatales sobre la economía.

En América Latina el concepto sirvió para explicar las formas de subsistencia de la población afectada por el desempleo luego de la crisis de 1982. La publicación en 1986 de *El otro sendero* de Hernando de Soto, precedido de alabanzas del presidente de los Estados Unidos de América, abrió la discusión sobre la informalidad en dos esferas: a) el hecho de que cerca de la mitad de la población económicamente activa sobrevive mediante actividades precarias, ocasionales, inestables, asociales o ilegales, mal remuneradas, sin acceso a servicios sociales, entre otros; y b) la conceptualización teórica sobre estas situaciones reales.

Sobre el fenómeno, hay posturas diferentes, aun contrapuestas ideológicamente. Están aquellos que partiendo de un liberalismo abstracto y utópico, como De Soto, consideran a la *informalidad* como un proyecto alternativo y “democrático” —libre del autoritarismo estatal— de desarrollo para la región (Pradilla [1988], 1995); o quienes, más mesurados, la toman como una forma plausible de sobrevivencia de los sectores populares (John F. Turner, entre otros; Pradilla, 1987: II.2).

Del otro lado están los críticos, aquellos que estigmatizan la informalidad por considerarla una “competencia desleal” para las empresas establecidas; una evasión punible de la legislación sobre todo fiscal y una invasión de los espacios públicos que afecta la movilidad urbana. Otros la reconocemos como expresión de la incapacidad del sistema capitalista para ofrecer empleo e ingreso estable, así como de dotar de vivienda y servicios sociales esenciales a toda la población. Además, defendemos el derecho de los informales a realizar esas actividades de subsistencia cuando no sean asociales y mientras no tengan resuelto el problema del empleo y el ingreso adecuados.

En la segunda esfera de discusión se ubican quienes sostienen la categoría, definiendo la informalidad a partir del incumplimiento de la regulación estatal, sobre todo, de la fiscalidad y el uso del espacio público (Portes, 1989); y quienes critican la conceptualización, negándole validez teórica.

En la interpretación más vulgar del “sector informal” en América Latina (De Soto, 1986), en los juicios de valor explicativos y las propuestas de solución de la problemática, nos encontramos a la vez con un grave desconocimiento de la historia, un claro predominio de los valores ideológicos neoliberales, y conceptos y explicaciones tomados en préstamo a la “teoría de la marginalidad” según Desal y la apología turneriana de la autoconstrucción de los años sesenta, que a pesar de haber sido desmontados pieza por pieza por la crítica (Singer, 1973; Pradilla, 1987 y [1988], 1995), resurgen a la sombra del neoliberalismo, ideología del gran capital monopolista, populistamente adecuada a los sectores populares. Otras versiones críticas de la “informalidad” (Portes, 1989), se derivan a su vez de la “marginalidad estructural” y la “teoría de la dependencia”, variantes críticas radicales del keynesianismo de la CEPAL y de la marginalidad de Desal, que no llegaron a romper el cordón umbilical con sus progenitoras (Kalmanovitz, 1983) (Pradilla, 2009: 178).

Como señala Connolly (1990: 78), el “sector informal” no sirve como categoría analítica: no tiene coherencia interna ni forma parte de un sistema o estructura teórica congruente.

Sin considerarlo válido, algunos utilizamos el término por falta de una teorización correcta para ubicar estas actividades y la fuerza de trabajo que las realiza. Ante esta situación, lo que tendríamos que elaborar teóricamente es muy complejo, pues incluye diversas manifestaciones sociales, desde las que funcionan dentro de las relaciones capitalistas de producción y

son fuente de acumulación, hasta las que se ubican fuera de ellas, como formas precapitalistas de subsistencia de la población.

La laxa aplicación del Estado de derecho y la corrupción han permitido el crecimiento de un multifacético sector empresarial ilegal situado fuera del sistema fiscal y aduanal; tiene relaciones mafiosas y se dedica a la piratería de marca, al narcotráfico y al contrabando, al comercio de mercancía robada, al tráfico humano, al juego y la prostitución. La consecuencia de ello, es que también mantiene a sus asalariados por fuera de la legislación laboral y la seguridad social. Al amparo de la impunidad estos empresarios acumulan grandes riquezas fuera de la ley, no tributan al erario público, tienen vínculos con la delincuencia organizada y globalizada, así como con el capital financiero y bancario; están ligados a las autoridades corruptas y usan la violencia. Sería la *lumpenburguesía* de la que hablaba André Gunder Frank hace cuatro décadas.

En las ciudades de América Latina, entre 30 y 50% de la población ocupada sobrevive con la artesanía y la reparación de objetos, el comercio callejero, los servicios personales, la venta del cuerpo, la delincuencia individual u organizada, etc. Actividades que están por fuera del sistema fiscal y de la legislación laboral; asimismo, la población que se dedica a estas actividades se encuentra excluida de la seguridad social y otras prestaciones, tiene ingresos bajos e inestables y labora en condiciones de trabajo inadecuadas o inhumanas, en ocasiones en la esclavitud. Una parte de esa población trabaja también fuera de la ley en actividades asociales, improductivas, de venta del cuerpo, o sobrevive en la mendicidad; afectan la seguridad pública y la habitabilidad en las grandes ciudades; sería el *lumpenproletariado* del que hablaba Marx.

El sector de subsistencia, sobre todo el comercio callejero, se relaciona con el empresarial ilegal, que lo surte, controla y

retiene la ganancia; al mismo tiempo, es una forma de subsistencia para la población que no es absorbida por el sector “formal” de la economía. Además, el sector sirve de canal de comercialización de productos de baja calidad, accesibles para la población pauperizada.

Se ha multiplicado también el trabajo precario en empresas “formales” de todas las ramas (aun en las de mayor talla), caracterizado por bajos salarios, ausencia de contrato laboral y prestaciones sociales, jornadas de trabajo por fuera de la ley y condiciones laborales inadecuadas. Se ha formado un mercado negro de fuerza de trabajo en el que participan empresas “formales” como compradoras de mano de obra “informal”.

Las posturas de los estados latinoamericanos ante la informalidad han sido variables en el tiempo, el territorio y la clase social: combinan la tolerancia omisa, la integración mediante la regularización y la inclusión en las políticas públicas de apoyo y crédito, o represión. Las políticas de erradicación del sector informal en sus vertientes capitalista y precapitalista, han dado resultados muy limitados: han privilegiado la acción contra la informalidad popular, dejando actuar a los empresarios ilegales; hacen tabla rasa de las diferencias internas del sector y no golpean por igual a las formas tradicionales (tianguis, mercados callejeros, prestadores callejeros de servicios legales), o a los distribuidores de mercancía ilegal. Esta complejidad es una causa de la dificultad para elaborar una teorización adecuada del fenómeno: pero los múltiples trabajos sobre el tema en el continente, serían un punto de partida importante para su conceptualización. Creemos urgente avanzar en este camino y que la solución se encontraría en la teoría marxista, a partir de los conceptos generales de desarrollo desigual y combinado, explotación absoluta y relativa, ejército industrial de reserva y superpoblación relativa en sus diferentes formas (Pradilla, 1984: 691 y ss.).

Cuando se afirma que la revolución terciaria, específicamente urbana, es la sucesora necesaria de la Revolución industrial, como ésta a su vez fue de la revolución agrícola, estamos reviviendo una argumentación de los años sesenta, que tuvo dos vertientes: las etapas del crecimiento económico en el capitalismo y la sucesión lineal de los modos de producción y la construcción del socialismo.

En el primer caso el planteamiento de W. W. Rostow sostenía la linealidad del crecimiento económico, transitando por cinco etapas: 1) la sociedad tradicional; 2) la creación de las condiciones previas al despegue; 3) el despegue; 4) el progreso hacia la madurez; y 5) la era del consumo de masas, como la madurez (Rostow [1960], 1963: 16). La discusión fue compleja; medio siglo después parece enterrada ante el hecho de que las sociedades atrasadas, incluidas las latinoamericanas, combinan desigualmente las cinco etapas sin que la madurez, el crecimiento sostenido, incluyente, equitativo y sustentable sea predecible en el tiempo; mientras tanto, las “sociedades avanzadas” parecen regresar en el camino al reintegrar formas tradicionales como el trabajo a domicilio, el trabajo precario e informal y la esclavitud.

En la construcción del socialismo como alternativa al capitalismo, se discutió si la secuencia lineal estalinista de barbarie, comunidad aldeana, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo era real y necesaria, exigiendo que la implantación del socialismo tuviera como prerrequisito el desarrollo pleno del capitalismo. Luego de la muerte de Stalin la publicación de textos como los borradores de *El capital* (Marx [1857-1858], 1903) permitió superar la discusión teórica al aparecer las distintas vías del desarrollo planteadas por Marx

(evolución, conquista e imposición, superposición, fusión, revolución) y sus esbozos sobre los modos de producción germánico y asiático, no incluidos en la secuencia “oficial” y simultáneos al esclavismo.

El análisis lineal de los procesos sociales y la transposición de los modelos sobre el ciclo de vida de los seres biológicos al cambio urbano, han llevado a algunos investigadores a identificar fases sucesivas para las mutaciones técnicas, económicas y territoriales: desde la centralización y el fuerte crecimiento de las etapas iniciales (periodo de urbanización), las ciudades habrían avanzado hacia una expansión periférica progresiva (suburbanización), acompañada por el declive de sus áreas centrales, que al acentuarse habría dado paso a una fase de desurbanización, unida a una mayor dispersión del crecimiento; cerrando el ciclo con una recuperación de los atractivos urbanos que inauguraría un nuevo periodo histórico: la reurbanización (citado por Sobrino, 2003: 198).

Este esquema circular de relación lineal causa-efecto, lleno de simplismo, ignora la acción de factores socioeconómicos endógenos o exógenos contrarios a la reurbanización: agotamiento de recursos naturales, elevada contaminación ambiental, altos precios del suelo, saturación de la vialidad, mayores costos laborales, pérdida de competitividad internacional, cambio tecnológico, políticas públicas de desconcentración, etc. Deja también de lado las contratendencias favorables a la reurbanización: ventajas de localización y aglomeración, relación con centros de investigación y desarrollo, políticas públicas de promoción, cambio tecnológico que permite la permanencia de industrias en áreas urbanas, revalorización de áreas centrales por renovación, o movimientos de llegada de capitales, etc. Estos factores positivos o negativos modifican la aparente naturalidad del ciclo (Márquez y Pradilla, 2008: 28-29).

El esquema no contempla la posibilidad de que ocurran, al mismo tiempo, procesos de desurbanización y de reurbanización, como se observa hoy en metrópolis latinoamericanas como el valle de México, Santiago de Chile, Sao Paulo, Buenos Aires, Bogotá y otras (Pradilla, 2010a). Al revisar la historia urbana de la segunda mitad del siglo XX, encontramos que en otros momentos también se combinaron procesos de renovación central y de expansión periférica.

La desindustrialización y la revolución terciaria

Los esquemas lineales surgieron también en la discusión sobre la desindustrialización, la cual apareció como tema importante de discusión de los economistas en los países desarrollados, a raíz de la pérdida de dinamismo de la industria en los años setenta e inicio de los ochenta, aunque fue abandonado más tarde. Desde la recesión de 1982 la observamos en las metrópolis latinoamericanas (para la ZMVM: Pradilla, Moreno y Márquez, 2011). En la discusión sobre los países desarrollados se afirmaba:

Rowthorn y Ramaswamy no atribuyen al término *desindustrialización* un sentido negativo sino que, por el contrario, lo consideran un síntoma de desarrollo económico exitoso en el cual, durante la primera etapa de industrialización se produce el traspaso del empleo desde la agricultura hacia la manufactura y luego de producida esta primera etapa de industrialización, desde ésta hacia los servicios (citado por Kulfas y Ramos, 1999: 34).

Gustavo Garza (2006: 30 y ss.) asume esta secuencia histórica que considera positiva y afirma que ya se manifiesta en las ciudades mexicanas.

En el debate sobre la desindustrialización participaron otros economistas. Cohen y Zysman afirmaban, en 1989, en un texto colectivo del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT, por sus siglas en inglés) que el fenómeno de crecimiento relativo del sector servicios es irreprimible, pero no garantiza ni el retorno al crecimiento ni el equilibrio externo, porque el dominio de los servicios estratégicos sigue dependiendo de los conocimientos manufactureros de los cuales no son sino un producto adjunto. El crecimiento interno y el equilibrio externo que constituyen dos dimensiones inseparables del bienestar económico no pueden ser obtenidos sin un sólido y potente sector manufacturero (citados por Coriat, 1989: 54-59).

Estos autores sustentaban sus afirmaciones en: *a)* los servicios, en particular los que generan un alto valor agregado, son productos agregados y dependientes de la actividad manufacturera;⁴ *b)* la productividad del sector servicios es menor que la del sector manufacturero;⁵ *c)* no se puede recurrir al intercambio de servicios para reequilibrar las cuentas externas;⁶ *d)* los ingresos obtenidos por el intercambio de la propiedad intelectual son muy inferiores a las rentas tecnológicas cautivas

⁴ El desarrollo del comercio, las finanzas y los servicios especializados en la etapa actual del capitalismo, tiene como soportes la informática y los medios de comunicación, cuyos instrumentos o medios de producción del efecto informacional o comunicacional (teléfonos, celulares, micro y macrocomputadoras, cámaras fotográficas, de video y audio, impresoras, satélites de comunicación, etc.) son producto de largos procesos históricos de aplicación del conocimiento científico en la industria, de donde salen los nuevos objetos tecnológicos.

⁵ En México, las tasas de crecimiento del PIB sectorial y de la competitividad del sector servicios han sido menores o iguales que las del sector industrial desde 1950. Desde 1970 la tasa de crecimiento de la productividad del sector terciario en México ha sido significativamente menor que la del sector secundario; la diferencia se hace mayor si tomamos como referencia las industrias líderes (Ortiz, 2006: 83-84).

⁶ La diferencia de participación relativa de los bienes industriales y los servicios al productor o al consumidor en las balanzas comercial y de pagos de los países desarrollados y los atrasados, valida esta afirmación. China sustenta su crecimiento actual y es temido por los empresarios del mundo, por la masa de exportaciones de productos y no por la de servicios. Según la CEPAL (2001: 46), a pesar del crecimiento de las exportaciones y las importaciones latinoamericanas de bienes durante los años noventa, el de los servicios comerciales fue mucho menor y perdieron parte de su participación en el total, de por sí baja al inicio de la década.

en los productos de masas; y *e)* por lo tanto, es necesario impulsar un proyecto de reindustrialización cuando se constata el debilitamiento del sector (Márquez y Pradilla, 2008: 24 y ss.).

Estas relaciones se comprueban en los países latinoamericanos y sus ciudades con el hecho de que la industrialización fue la impulsora del crecimiento absoluto y relativo del sector terciario, al tiempo que decrecían el empleo y la participación en el PIB del sector agrario.

La diferencia de productividad entre la industria y los servicios explica dos hechos de gran importancia: el sector industrial disminuye más rápido su presencia en términos de unidades productivas y personal empleado que el de servicios, a valor agregado constante, por el alto diferencial de productividad a favor de la industria; y por la misma razón, el rápido crecimiento del sector servicios en un ámbito territorial no implica un crecimiento del PIB y del ingreso local ni el mejoramiento de sus términos de intercambio.

Los poskeynesianos sostienen que la desindustrialización tiene graves consecuencias negativas y recuerdan que de la observación de las tendencias pasadas del crecimiento económico en su conjunto, se deriva que:

[...] la tasa de crecimiento de la economía ha sido siempre dependiente principalmente de la tasa de crecimiento de la industria y esta misma tasa está fuertemente correlacionada con aquella del crecimiento de la productividad manufacturera. En estas condiciones, la misma reducción relativa de la industria significa el riesgo de ver atenuarse o romperse uno de los resortes esenciales de la dinámica económica pues la caída del dinamismo manufacturero se transmite a la economía en su conjunto. Quienes sostienen esta tesis no dejan de remarcar que ayer como hoy, la productividad de los servicios (independien-

temente de la dificultad que haya para medirla) es siempre netamente inferior a la del sector manufacturero. De ahí la idea, también defendida, de que las sociedades terciarias corren el fuerte riesgo de ser constituidas por economías con crecimiento lento o en todo caso más lentas con respecto a las que fueron las tasas de crecimiento del periodo del rápido desarrollo manufacturero (Coriat, 1989: 35).

Este argumento es más tajante en el análisis neomarxista, que parte de la tesis de que el sector terciario (comercio y servicios), es improductivo, no genera nuevo valor y sustenta su actividad en los valores producidos en el sector industrial, los cuales intercambia o utiliza como medios o soportes de su actividad; compartimos estos planteamientos.

Lo más significativo de la nueva economía es la informática que se sustenta de forma material sobre la producción de equipo de cómputo, video y sonido, de transmisión de información y de comunicación aérea y espacial, salidos de la industria; el sector comercio, en el intercambio de bienes depende de la producción de éstos: se vende lo producido o lo que va a producirse a partir de su preventa, cuando hay capacidad para hacerlo.

Consideramos equivocada la afirmación de que la consolidación de la metrópoli madura está relacionada unívoca y directamente con la desindustrialización-terciarización, que sustituye la base productiva anterior por una economía de servicios e información, tesis ligada a la idea de la sociedad posindustrial como avance social, pues en las sociedades atrasadas, este proceso implica costos sociales muy altos en desempleo abierto, multiplicación del trabajo precario y asocial, lumpenización, pauperización y pérdida de dinamismo económico urbano (Pradilla, 2009: cap. VII).

Algunos autores, desde supuestos teóricos e ideológicos que no compartimos, explican la contracción de la base industrial de las ciudades como parte del proceso “natural” de desurbanización o contraurbanización que asumen como una tendencia inherente al desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas en su transición hacia la sociedad posindustrial. Tampoco compartimos la conclusión de que la desindustrialización relativa (la pérdida de peso relativo de la industria en la estructura económica de un ámbito territorial, la ciudad), o la absoluta (pérdida absoluta de establecimientos, empleo, capital acumulado y producto), sea resultado de procesos lineales inherentes a la lógica general de cambio.

La desindustrialización en las metrópolis latinoamericanas es resultado de la combinación de procesos negativos, no inevitables, reversibles para evitar sus costos: falta de sustentabilidad ambiental, deseconomías de aglomeración, decisiones especulativas del gran capital, ausencia de políticas de reindustrialización, opción por la “vocación terciaria” y políticas públicas de desindustrialización, etcétera (Márquez y Pradilla, 2008: 39 y ss.).

Aportes y límites del regulacionismo?

A mediados de los años setenta, cuando en Europa se observaba el agotamiento del patrón de acumulación con intervención estatal (economía del bienestar) inició su desarrollo una corriente teórica que, según sus integrantes, surgió del sincretismo entre el marxismo y el keynesianismo: la teoría de la regulación (Boyer [1987], 1989: 38). Se ubicaba en el análisis económico sin pretender construir una explicación de otras

⁷ Sección basada en Pradilla, 2009: cap. IV, 183 y ss.

esferas de la vida social. Su aporte más importante se localiza en el análisis histórico de las estructuras económicas –sobre todo productivas– capitalistas nacionales, en especial de:

a) los regímenes de acumulación:

[...] el modo de distribución y de reasignación sistemática del producto social que logra en un periodo prolongado, cierta adecuación entre la transformación de las condiciones de producción (volumen de capital invertido, distribución entre las ramas y normas de producción) y las transformaciones en las condiciones del consumo final (normas de consumo de los asalariados y de las otras clases sociales, gastos colectivos, etcétera) (Lipietz, 1984: 117);

b) el modo de regulación:

[...] el conjunto de las formas institucionales, redes, normas explícitas o implícitas, que garantizan la compatibilidad de los comportamientos dentro del marco de un régimen de acumulación, de acuerdo al estado de las relaciones sociales, y más allá de las contradicciones y del carácter conflictivo de las relaciones entre los agentes y los grupos sociales.

Es decir, las regulaciones de la relación salarial, de la reasignación del capital-dinero, de la reproducción y la administración del dinero, y de las formas de las intervenciones del Estado, de lo jurídico a lo económico (Lipietz, 1984, 117 a 119);

c) el estudio detallado de la naturaleza de los procesos de trabajo y del papel de la tecnología en ellos, en los diferentes regímenes de acumulación (Coriat, 1990 y 1991), poco desarrollado en la teoría económica y olvidado en el análisis territorial y urbano.

Las críticas al regulacionismo desde el marxismo fueron ásperas. Se señaló como problemático en lo metodológico su eclecticismo genético, su estructuralismo, la fragmentación categorial, el “articulacionismo”, el espontaneísmo al que conduce su concepción de las relaciones entre los sujetos sociales (Psychopedis [1990], 1994), y el determinismo tecnológico presente en sus análisis.

Esta teoría tiene como límites: a) el abandono de la ley del valor, piedra clave de la teoría marxista, sustituida como núcleo explicativo del funcionamiento del capital por formas fragmentadas de regulación; b) la separación entre las que considera “leyes objetivas del funcionamiento del capital” y la lucha de clases, lo que le impide ser útil para el análisis de las relaciones capital-trabajo asalariado en la esfera económica; así como para comprender la relación entre ésta y la política en su nivel más general (Holloway [1990], 1994; Holloway y Pérez [1990], 1994); c) la ausencia de interpretación de las relaciones capitalistas a escala mundial, del desarrollo desigual entre países y la dominación internacional de unos sobre otros, un aspecto esencial para el análisis de la economía actual, sobre todo en las sociedades atrasadas, y para el estudio de sus procesos territoriales; y d) su reducción al ámbito económico, sin tener en cuenta las estructuras políticas e ideológicas, es decir, la ausencia de constitución teórica de la totalidad social y de la inserción de lo económico en ella.

Se reduce así la potencialidad de sus aportes para el análisis pormenorizado de la esfera productiva en las distintas fases del desarrollo capitalista, que constituye su mérito primordial. Estas limitaciones son evidentes cuando se pasa de lo productivo o lo económico, al “espacio” regional y urbano de un modo de regulación (Leborgne y Lipietz, 1987 y 1989; Benko y Lipietz, 1992).

Reconocemos la importancia de las determinaciones de las condiciones concretas de funcionamiento de la producción industrial (prefordista, fordista o posfordista según la periodización regulacionista del capitalismo, la cual no compartimos) sobre lo regional y urbano, ignorada por las teorizaciones anteriores; allí se encuentra su aporte y debemos integrar este aspecto a la elaboración teórica. Sin embargo, el territorio se conforma a partir del despliegue del conjunto de las relaciones sociales, económicas, políticas e ideológicas (Pradilla, 1984), por lo cual los esbozos de análisis regional y urbano regulacionistas son parcelarios, o extrapolaciones mecánicas del ámbito de la producción en sentido estricto, al de la totalidad social, territorial o urbana.

La teorización, periodización y modelización del desarrollo de la estructura productiva capitalista en la fase posfordista conduce a modelos espaciales cerrados y desarticulados unos de otros –vía neotayloriana, vía californiana y vía saturniana (Leborgne y Lipietz, 1987)–, que arrojan luces sobre el impacto de los cambios en los procesos productivos sobre la localización industrial, su territorialidad y sus efectos en otros elementos de la estructura territorial. Pero no dan cuenta de las complejas realidades socioterritoriales que produce su desarrollo desigual y combinado; menos aun, de sus relaciones complejas con otras esferas de la vida social y de las estructuras físicas, imbricadas en la totalidad territorial y urbana.

La aplicación de la teoría regulacionista al análisis de las estructuras territoriales latinoamericanas añade a las anteriores limitaciones: *a)* la aplicación esquemática, poco profunda de los conceptos generales de la teoría; *b)* el uso de “formas” económicas y territoriales elaboradas a partir del análisis histórico de otras realidades nacionales a la situación latinoamericana, sin mediar su comprobación empírica o lógica; *c)* la falta

de investigaciones históricas sobre la región o países concretos utilizando las herramientas teórico-metodológicas *regulacionistas*, que validen la existencia del *fordismo periférico*, la identidad entre reestructuración neoliberal y tránsito al *posfordismo periférico*; la presencia de una o más vías espaciales lipietzianas, y sus características particulares; y *d)* la ausencia de un método de interpretación de la inserción subordinada de las sociedades y los territorios latinoamericanos en el sistema capitalista mundial, en el campo de fuerzas geoeconómicas y geopolíticas de los Estados Unidos, sus relaciones de hegemonía y dominación concretas, y sus expresiones territoriales (Storper, 1988).

Los conceptos regulacionistas en sus derivaciones territoriales han sido divulgados ampliamente en América Latina, usados como modelos sin un análisis crítico, sin intentar evaluar su existencia real en la región, sin adaptar los conceptos y modelos a nuestra realidad, lo cual hace que pierdan su riqueza y utilidad analítica y metodológica.

*La globalización, rostro amable del imperialismo*⁸

No hay duda de que el patrón neoliberal de acumulación de capital, aunque no ha cumplido sus promesas de crecimiento económico sostenido y mejoramiento social, ha traído profundos cambios en las sociedades y sus territorios; entre ellos la formación de un mito ideológico⁹ que unió a los contrarios teórico-políticos y que se convirtió en verdad única, al mostrar una careta amable que oculta el imperialismo de hoy:

⁸ Basado en Pradilla, 2009: cap. VIII.

⁹ Consideramos que toda ideología se apoya en hechos y procesos de la realidad pero la oculta; asimismo, tiene una carga de atributos y significados inexistentes, por lo que se convierte en una *falsa conciencia* de esa realidad objetiva.

la *globalización*. Los políticos, sin importar su origen o supuesta posición de clase, de la derecha a la izquierda, hablan de la globalización, sus amenazas y oportunidades; se han escrito miles de ensayos teóricos y análisis concretos, cuyas páginas están llenas de menciones a ese “novedoso” proceso económico, social y político que, como la tercera persona de la santísima trinidad cristiana, está en todas partes pero nadie la ve y nadie la puede caracterizar en forma precisa.

También han sido muchos los investigadores que han criticado, desde distintas posiciones y con énfasis diversos, la globalización como ideologización e identificación espuria de un proceso multiseccular con el patrón neoliberal (entre otros: Amin [1997], 1999; Gray [1998], 2000; Petras y Veltmeyer [2001], 2003; Amin [2001], 2003; Alvater y Mahnkopf [2000], 2002).

Cada momento histórico trae consigo nuevas formas y procesos sociales que se combinan de manera compleja con lo viejo, hasta que éste desaparece y lo nuevo se hace viejo ante otras novedades. Así sucesivamente hasta que un cambio radical del modo de organización socioeconómica cambia todo el edificio social, de los cimientos hasta la superestructura.

Si de lo que hablamos es del proceso de ampliación, profundización y dominio territorial de las relaciones sociales capitalistas, este proceso se inicia en el siglo XV con el descubrimiento de América y su inserción en la acumulación originaria de capital, las grandes migraciones europeas y la integración de África a la acumulación mediante el tráfico de esclavos. Desde entonces, la mundialización del capitalismo ha tenido avances y retrocesos, y reconocemos que a finales del siglo XX logró un gran triunfo: acabar casi totalmente con el *socialismo real*, que algunos considerábamos una deformación burocrática y despótica del proyecto de los socialistas revolucionarios de finales del siglo XIX y principios del XX. Hoy, el modo capitalista

de producción y organización socioeconómica sigue en pie ante el fracaso de ese “socialismo”.

Durante los seis siglos transcurridos, el capitalismo se ha desarrollado cualitativa y cuantitativamente, ampliado geográficamente, profundizado su penetración y control de los procesos, así como las formas sociales, económicas y territoriales, pero siempre en forma desigual, asincrónica en el tiempo, los territorios y las formas penetradas. Con avances y retrocesos de manera fragmentaria, dando lugar a una compleja combinación de situaciones desiguales y diversas, donde al lado de ámbitos desarrollados de capitalismo mundializado (lo nuevo), encontramos otros parecidos a los relatados por los viajeros colonizadores de América hace cinco siglos: lo viejo modificado y degradado; y muchas formas colocadas entre unos y otros, subsumidas real o formalmente al imperialismo de hoy (Pradilla, 2009: cap. VIII).

Terciarización, servicios especializados a la producción y ciudades globales¹⁰

La más popular de las derivaciones de la globalización es la ciudad global descrita por Saskia Sassen ([1991], 1999). Muchos autores latinoamericanos adoptaron este concepto y lo aplican a las mayores metrópolis latinoamericanas o a toda ciudad grande o pequeña que mantenga una relación económico-social con los países desarrollados, sobre todo con los Estados Unidos de América.

No discutimos aquí el concepto de ciudad global en general, sólo su aplicación en Latinoamérica, por carecer de la información para discutir los planteamientos de Sassen, y porque

¹⁰ Basado en Pradilla, 2009: cap. VIII.

la denominación podría ser válida para las metrópolis dominantes en las economías que forman la tríada imperialista del capitalismo (Amin [2001], 2003). Sassen analiza las características de Nueva York, Londres y Tokio, a las que considera los nodos fundamentales, los centros dominantes en la acumulación de capital a escala mundial, las ciudades capitalistas hegemónicas de hoy. En palabras de Sassen:

Más allá de su larga historia como centros del comercio y la banca internacionales, estas ciudades tienen hoy cuatro funciones totalmente nuevas: primero, como puntos de comando altamente concentrados desde los que se organiza la economía mundial; segundo, como localizaciones claves para las finanzas y las empresas de servicios especializados o del terciario avanzado que han reemplazado a la industria como sector económico dominante; tercero, como lugares de producción y de generación de innovaciones vinculadas a esas mismas actividades; y cuarto, como mercados para los productos y las innovaciones producidas. Estos cambios en el funcionamiento de las ciudades han tenido un impacto masivo tanto sobre la actividad económica internacional como sobre la forma urbana: las ciudades concentran hoy el control sobre vastos recursos, y los sectores de las finanzas y los servicios especializados han reestructurado el orden social y económico urbano. De esta forma ha aparecido un nuevo tipo de ciudad. *Ésta es la ciudad global* (Sassen [1991], 1999: 30, cursivas nuestras).

Subrayamos la naturaleza cualitativa de esta caracterización; no se trata de características surgidas de la cantidad de población o la extensión física de las ciudades, pues dos de ellas (Londres y Nueva York) no están en el primer nivel jerárquico de población o extensión, sino de la especificidad del desarrollo de su estructura económica.

Algunos autores (Parnreiter, 1998; Garza, 2000; Pérez Negrete, 2002) proponen que el desarrollo económico, social y territorial desigual genera otras ciudades en todos los mundos, que reproducen en escala, cantidad y calidad diversa y en distintos momentos algunos de los elementos, procesos y estructuras de las ciudades hegemónicas por lo que alcanzan el calificativo de ciudades globales y tratan de ubicarlas en ordenes jerárquicos.¹¹

El riesgo es alto cuando los investigadores ubican a las metrópolis, que son parte de las economías y sociedades dominadas del tercer mundo, subordinadas a la tríada imperialista, en un lugar cualquiera de una clasificación jerárquica de ciudades globales, sin la información estadística y factual necesaria para comprobar la presencia de los elementos, las estructuras y los procesos esenciales en la caracterización de Sassen, apoyándose sólo en la jerarquía poblacional o de función económica general, o bien en su papel de capitales políticas de estados nacionales.

La moda lleva a otros autores a asignar un lugar en una *red de ciudades globales* a todo centro urbano, sin tener en cuenta sus características estructurales, que por cualquier razón, ya sea significativa (maquila, pasos fronterizos de migración, actividad portuaria), o poco importante (comercio de productos agrícolas o mineros, turismo), tienen relaciones con las economías y sociedades hegemónicas o son parte del territorio real o imaginario de despliegue de la globalización.

Los excesos y “libertades” metodológicas de algunos autores son notorias.

¹¹ Establecer *jerarquías urbanas*, es decir, ordenamientos de las ciudades mediante el uso de diversas variables, sobre todo empíricas —demográficas o económicas— es una vieja tradición —o tragedia— de los análisis urbanos que sustituyen frecuentemente al análisis riguroso de la estructura, los procesos, las funciones y relaciones objetivas de los centros urbanos.

Reconociendo la dificultad que observa en Hall y Friedman para elaborar una jerarquía de *ciudades globales* secundarias, Garza (2000) se refiere a las *megaciudades* (grandes ciudades), usando la clasificación por tamaño de población, para ubicar a la Ciudad de México (más exactamente, la ZMVM), como “la segunda más poblada del planeta”, en el ámbito de *lo global*, y responder afirmativamente a su pregunta “La megaciudad de México ¿urbe global?”.

Al tratar de responder a la interrogante ¿cómo coexisten dos mundos distintos en un mismo espacio? y explicar la coexistencia entre la integración de megaciudades latinoamericanas en la red de *ciudades globales* del capitalismo, y su atraso económico-social, Pérez Negrete (2002) recurre al “dualismo” planteado por Borja y Castells (1997); no reconoce que nuestras metrópolis “no son” ciudades globales, pero están integradas subordinadamente a la acumulación capitalista mundial, y su desigual desarrollo; su atraso, es causado a la vez por el funcionamiento del capitalismo local y del imperialismo global. No hay “dualismo”, sino una situación específica de combinación estructural de dos grados de desarrollo.

Para insertar a México y Sao Paulo (“ciudades beta” nivel 8), Caracas y Santiago (“ciudades gamma” nivel 6) y Buenos Aires (“ciudad gamma” nivel 4) en una discutible jerarquía de ciudades globales, los autores citados por Pérez Negrete recurrieron a cifras de participación relativa de los sectores económicos en la escala local, o en la nacional, y no en la mundial que sería la que podría clasificarlas como “ciudades global”. Según el Global and World Cities Group y Taylor, las “ciudades globales latinoamericanas” llegarían a 11 y podrían integrarse otras en el futuro (De Mattos, 2009).

Sin embargo, las metrópolis latinoamericanas clasificadas como ciudades globales, carecen de los elementos, estruc-

turas y procesos sobre los que Sassen construyó el concepto, pues aunque son tanto o más grandes en población y extensión que las estudiadas, su papel en la acumulación mundial está en la antípoda del que éstas tienen.

La primera de las características de la economía de la ciudad global, no se presenta ni siquiera en Sao Paulo, Buenos Aires o la ZMVM, subordinadas financieramente a Londres, Tokio y, sobre todo, Nueva York, donde están las casas matrices del capital financiero transnacional, su gestión y la propiedad del capital. Los nodos financieros latinoamericanos carecen de poder de comando sobre áreas económicas distintas de sus países y a algunos vecinos más débiles, también subordinados a los centros financieros mundiales. Recordemos que uno de los “logros” de la apertura de los países latinoamericanos a los flujos de capital extranjero, fue que su sector financiero y bancario cayera mayoritariamente en manos de bancos, grupos de inversión, casas de bolsa, etc., transnacionales.

La segunda característica, la presencia de “empresas de servicios especializados o del terciario avanzado que han reemplazado a la industria como sector económico dominante”, tampoco tiene en las metrópolis de América Latina la importancia estructural que le asigna Sassen:

Estos servicios (a la producción) son parte de una economía intermediaria más amplia. Las empresas pueden producirlos —y muchas lo hacen— o pueden comprarlos en el mercado. Los servicios a la producción cubren las siguientes áreas: finanzas, asesoramiento legal y de gestión general, innovaciones, desarrollo, diseño, administración, personal, tecnología de producción, mantenimiento, transporte, comunicaciones, distribución a gran escala, publicidad, limpieza, seguridad y almacenamiento. Un importante componente de estos servicios

a la producción es el conjunto diverso de actividades donde se mezclan mercados de consumidores finales y mercados empresarios (Sassen [1991], 1999: 120).

Algunos de estos servicios se prestaban antes al interior de las empresas industriales y eran registrados en sus estadísticas, pero como parte del cambio en la división del trabajo, fueron externalizados en empresas independientes o contratados con empresas especializadas en función de la economía de costos o del aumento de calidad. Este proceso es denominado *outsourcing*.

La externalización de partes de la actividad manufacturera bajo la forma de *outsourcing*, de difícil cuantificación, se produce en las metrópolis latinoamericanas pero con una intensidad menor que en los países desarrollados: por su menor desarrollo industrial relativo; porque algunas actividades externalizadas se realizan en las mismas empresas transnacionales o en otras ubicadas en los países donde están sus casas matrices (investigación y desarrollo, diseño, publicidad, marketing, asesoría legal, contabilidad, etc.); por el poco desarrollo de las empresas industriales medianas y pequeñas locales; y el bajo nivel operativo de las empresas de servicios especializados locales.

En América Latina, para hallar pruebas del dominio de los servicios especializados sobre la producción industrial, se usan generalizaciones incorrectas. Para probar la hipótesis de la pérdida de peso de la industria frente a los servicios, como parte de la revolución terciaria y la servicialización, autores como Garza asumen que los servicios, son la totalidad de las empresas, trabajadores y valor agregado de todos los subgrupos del sector terciario, incluyendo las actividades comerciales de naturaleza económico-social muy distinta de la de los servicios. Igualmente, ubican como comercio y servicios al productor,

que sirven a todas las empresas e instituciones, donde están el comercio y los servicios prestados a las empresas industriales y agrarias productivas, que sólo constituyen una fracción difícilmente identificable del total, pero también los que sirven a los demás sectores de actividad económica y social: comercio, gobierno, otros servicios, etcétera (Garza, 2006: 124 y ss., cuadro IV.I y ss.).

Reconocemos que Garza separa el comercio y los servicios al “productor” (exactamente a las empresas e instituciones de diversos sectores), del comercio y los servicios al consumidor, desde el comercio de alimentos hasta la educación, la salud y la recreación, que son parte de la reproducción de la fuerza de trabajo, del no trabajo y de los desempleados, es decir, de toda la sociedad, no sólo de los trabajadores de la industria, y menos aún, de la producción de las empresas industriales, además de que tienen una naturaleza social distinta (Pradilla, 1984: cap. 2).

Los servicios que aportan valores de uso –mercantiles o no mercantilizados– a los consumidores finales (personas en edad no laboral, trabajadores empleados o desempleados, empresarios como individuos) o que no tienen relación con la producción, sólo podrían incluirse en los servicios a la producción mediante una generalización arbitraria. Los transportes, las comunicaciones y el almacenaje forman parte, desde la perspectiva de Marx, de las *condiciones generales de la producción*, necesarias al proceso de producción y que añaden valor a los productos (Pradilla, 1984: cap. 2).

Otro problema en la clasificación de Garza y otros autores es la inclusión en los servicios especializados al productor, de los generados por el sector informal, que entran en las cuentas nacionales de cada rubro, pues difícilmente pueden ser los que resuelven las necesidades de las grandes empresas

industriales dominantes. Lo anterior elimina la validez de esta “prueba” estadística para demostrar que la servicialización nos lleva a formar parte de la red de ciudades globales.

La tercera característica señalada por Sassen se enfrenta a muchos estudios que muestran la dependencia tecnológica que padecen la industria y los servicios en América Latina, en el campo de la investigación, el desarrollo y la producción de innovaciones en los países hegemónicos del capitalismo, que actúa como uno de los factores causales del histórico déficit estructural de la balanza comercial de nuestros países. Está muy documentada la ausencia de un núcleo dinámico de adaptación e innovación tecnológica en América Latina, en los campos clave y motrices de la producción (informática, aeronáutica y espacio, biotecnología, genómica, nuevos materiales, etc.), la cual actúa como cuello de botella de nuestro desarrollo.¹²

La cuarta característica sí la poseen las metrópolis latinoamericanas, pero en su variante perversa, pues por las ausencias antes señaladas, son compradoras masivas de tecnología productiva y para los servicios, sobre todo en la informática y las telecomunicaciones.

Las grandes ciudades latinoamericanas enfrentan procesos de desindustrialización marcados por la desaparición física de la producción, desarrollos tecnológicos muy desiguales con predominio de los atrasados, una terciarización polarizada dominada por el trabajo precario y actividades de subsistencia,

¹² La computación e internet muestran las contradicciones de las nuevas tecnologías: el control tecnológico ejercido por los grandes monopolios transnacionales, cada vez más concentrados, que dominan la innovación en la producción de equipo de cómputo, de *software*, y los portales; la muy desigual distribución del equipamiento y el acceso entre sectores sociales y territorios, que se convierte en nuevo factor de exclusión socioterritorial; el dominio y control ejercido por los países, las instituciones y empresas dominantes sobre la generación y apropiación de información; y las dificultades y limitaciones enfrentadas por los emisores de contra-cultura económica, política y cultural, para ponerla al servicio de la resistencia al neoliberalismo y su *globalización* imperialista.

un mercado interno muy estratificado y excluyente, la carencia de infraestructura adecuada a la reproducción del capital y la fuerza de trabajo, la pobreza extrema y la violencia urbana, vinculada a la acumulación global de capital a través del narcotráfico y el contrabando (Pradilla, 2009: VII). Éstas no son características de las *ciudades globales* descritas por Sassen.

Sassen señala otro aspecto a tomar en cuenta cuando pensamos en la validez de los listados jerarquizados de *ciudades globales*:

La especialización funcional dentro de las antiguas fábricas encuentra una contraparte contemporánea en la pronunciada fragmentación espacial y organizacional del actual proceso de trabajo. Este proceso ha sido denominado “la línea global de montaje”: el traslado de la producción y ensamblaje de bienes, desde las fábricas y depósitos de todas partes del mundo, hacia sitios donde los costos de mano de obra y las economías de escala produzcan una división internacional del trabajo rentable. *Es, sin embargo, esta verdadera “línea global de montaje” la que crea la necesidad de aumentar la centralización y complejidad de la gestión, el control y la planificación* (Sassen [1991], 1999: 38 y 370, cursivas nuestras).

La centralización de la gestión empresarial, como respuesta dialéctica a la dispersión de las fábricas, implica la reducción del número de puntos donde se ubica, del número de ciudades hegemónicas donde se concentra la administración de las corporaciones transnacionales; no la multiplicación del número de ciudades globales que concentran esta gestión, si no su reducción.

Que no haya ciudades globales en América Latina no debe extrañarnos; desde que el capitalismo hizo a la historia uni-

versal, al decir de Marx, siempre ha habido ciudades capitalistas dominantes ubicadas como polos de poder en las sociedades dominantes, y ciudades dominadas, desarrolladas en grados muy diversos, en los países colonizados, dominados o subordinados, que actúan como nodos del control económico y político de las primeras. El problema no es cómo clasificar a las ciudades en un lugar de una hipotética jerarquía, sino cómo resolver sus contradicciones y problemas, cómo hacerlas más autónomas, equitativas y habitables, o cómo sacarlas de la subordinación a la *globalización* imperialista.

¿Qué papel juegan las metrópolis latinoamericanas en la economía capitalista actual? La respuesta requiere abordar previamente una cuestión más general: ¿qué papel juegan los países latinoamericanos en la economía mundial? La respuesta empírica exigiría un análisis que está fuera de nuestra posibilidad; nos limitaremos a hacer observaciones generales basadas en trabajos de la CEPAL (2001, 2005, 2007a y 2007b).

América Latina y el Caribe representan una parte pequeña de la economía, la producción industrial, el comercio, los flujos financieros y la inversión a escala mundial, dominada a lo largo del capitalismo por las “economías desarrolladas”. En tres décadas de aplicación del neoliberalismo (cuando la competencia en el mercado mundial de productos y capitales se exacerbó con la presencia de China) la situación no ha variado positivamente: se ha mantenido un bajo y desigual dinamismo de las economías latinoamericanas; ocurrió el “desmembramiento de las cadenas de valor” que dispersó en diversos países del mundo las partes de la producción que el proteccionismo había reunido en cada país (CEPAL, 2005). Esta fragmentación acentuó la desindustrialización causada por las recesiones que marcaron la crisis del patrón anterior de acumulación; con los acuerdos de libre comercio se elevaron las

exportaciones latinoamericanas, pero también las importaciones, manteniéndose los déficit históricos de las balanzas comerciales, acentuados por el deterioro de los precios internacionales de las materias primas de exportación, con excepción del petróleo en los periodos de auge, y algunos minerales, además de los términos del intercambio externo; y los flujos de inversión extranjera directa tomaron el camino de los países desarrollados, de los países del derrumbado “socialismo real” y de China, sin que los orientados a América Latina y el Caribe crecieran notoriamente, situándose por abajo de los flujos registrados en 1980 y 1981 (CEPAL, 2005).

Las metrópolis latinoamericanas son los polos organizadores de sus economías nacionales y de las redes de acumulación interna de capital muy diferenciadas; pero aun las metrópolis dominantes de los mayores países (Brasil, México, Argentina) carecen de peso y capacidad de orientación de la economía mundial, lo que se muestra en su poca fuerza de negociación económica y política en los organismos multilaterales.

Aunque nuestras megaciudades concentran lo más significativo del sistema financiero nacional, el sector está controlado por transnacionales originarias de la tríada hegemónica a escala mundial u otros países dominantes. Sirven básicamente de nodo local de drenaje de recursos y de transmisión y difusión de políticas, así como de decisiones cuyo emisor-receptor está en las ciudades globales señaladas por Sassen; y son sus terminales controladas sin intermediarios por los centros de gestión. Ninguna de las metrópolis latinoamericanas ejerce un control financiero regional que las caracterice como “ciudades globales regionales” o “intermedias”, limitándose a instrumentar el control de las ciudades globales de la tríada sobre el territorio nacional y, secundariamente, el de algunos

países vecinos financieramente débiles, en función de la organización territorial de control de las transnacionales.

Es verdad que en estas metrópolis están concentrados los servicios especializados a la economía,¹³ incluidos los prestados a la producción, más desarrollados e importantes que tiene cada país y que en muchos casos sirven a la transferencia de tecnología; pero su origen es básicamente extranjero y actúan como filiales o comparten el campo de acción con los que prestan servicio a las transnacionales dominantes.

En las megaciudades latinoamericanas se despliega la mayor densidad a escala nacional de medios de cómputo, información y comunicación, pero menores en cantidad, calidad y utilidad de los contenidos, que en los polos hegemónicos de los países dominantes. Su dependencia de las metrópolis hegemónicas es muy amplia en términos de origen de los instrumentos y medios técnicos, de la información y los procesos de utilización. Esta dependencia conduce a su masiva importación, que afecta fuertemente a las balanzas comerciales y de pagos nacionales así como al apoyo a la investigación y desarrollo local.

La desindustrialización de las metrópolis nacionales, otrora los más importantes polos industriales de sus países, las convierte en sitios de intercambio de valores producidos fuera de sus fronteras, en lugares de baja productividad comparativa y poca creación de empleo, con balanzas de pago deficitarias, en frenos del crecimiento económico nacional, hechos demostrados por las menores tasas de crecimiento económico de estas metrópolis en relación con el país (Pradilla y Márquez, 2004).

¹³ Hablamos de *servicios especializados a la economía*, porque los existentes se orientan hacia distintos ámbitos de la vida socioeconómica como las finanzas, los servicios mismos, la agricultura capitalista y la industria, el comercio, los aparatos de Estado y los consumidores, siendo los prestados a la producción, incluidos los que Sassen define como prestados a la *producción de los servicios especializados*, sólo una parte del todo. Así tratamos de evitar la confusión que criticamos a algunos autores.

El aumento de la desigualdad social y de la pobreza en tres décadas de neoliberalismo y globalización imperialista se ha acentuado en las metrópolis latinoamericanas, donde aumenta el número absoluto de pobres (CEPAL, 2001) que sobreviven en tugurios que se mantienen luego de varias décadas de “desarrollo capitalista”, políticas de vivienda y programas compensatorios, en la informalidad laboral, la delincuencia y la violencia, y que además absorben a cerca de la mitad de su población.

Estas metrópolis son el eslabón de su nación con la acumulación de capital a escala mundial,¹⁴ la política de los bloques hegemónicos y la cultura internacional. Son los ombligos por donde sale el cordón umbilical que une, no para alimentar sino para drenar rentas y ganancias a nuestras sociedades con los centros mundiales de la acumulación de capital y subordinarlos a su poder. Su papel no es decisivo, sino de correa de transmisión de las decisiones tomadas en los centros hegemónicos.

Cambio económico y morfología urbana

Los investigadores latinoamericanos que trabajamos con los instrumentos del materialismo histórico-dialéctico, consideramos que la economía es determinante en la conformación de la estructura urbana al menos en cuatro ámbitos: *a)* como condicionante general de la producción de todos y cada uno de los soportes materiales urbanos; *b)* a través del sector inmobiliario-constructor, agente en la producción capitalista de los soportes materiales urbanos; *c)* en el funcionamiento del

¹⁴ Lo son desde que fueron fundadas como sedes de la administración colonial europea en el siglo XVI y empezaron a actuar como gestoras del drenaje de recursos para alimentar la *acumulación originaria de capital*; o desde que se desarrollaron como polos regionales subordinados del capitalismo industrial a mediados del siglo XIX o XX. Aunque han cambiado las formas y las circunstancias siguen siendo hoy nodos de la economía capitalista transnacionalizada.

mercado de suelo urbano y la determinación de las rentas del suelo; y *d*) como subestructura urbana específica del sistema de soportes materiales que se materializa como uso del suelo y de los inmuebles, y como ámbito territorial construido (Pradilla, 1984: cap. 1). No es el objetivo de este ensayo desarrollar los cuatro temas, algunos objeto de estudio de otros trabajos en esta compilación; nos limitaremos a esbozar lo que ocurre en el último de los aspectos.

La teorización sobre la presencia urbana de la estructura económica está íntimamente ligada al tema de la lógica general de estructuración urbana cuyo análisis ha tenido poco desarrollo; se ha asumido como la elaboración teórica y la interpretación concreta de las lógicas sectoriales demográficas, económicas, sociales, políticas, ambientales, o en su expresión territorial en el funcionamiento de los usos del suelo y la zonificación en la planeación operativa. Se han hecho pocos intentos de totalización que han sido generales, abstractos y simplificadores, con referencias limitadas a su expresión territorial.

Destacan los planteamientos de la teoría de los lugares centrales, referida a la determinación económica de la organización del sistema regional de ciudades (Prost, 1965: 58 y ss.; Remy, 1966: 24 y ss.; Gutiérrez Puebla, 1984); de la ecología humana de la escuela de Chicago que indaga sobre los patrones de crecimiento físico de las ciudades y postula diversos modelos a partir de un núcleo central (Burgess, 1925; Giddens, 1989: 589 y ss.; Richardson, 1993; Lezama, 1993: IV); de la crítica de Castells a esa escuela y sus formulaciones alternativas que no se refieren a la estructura física (Castells [1972], 1978, tercera parte); mis planteamientos críticos a la sociología urbana francesa y las propuestas alternativas (Pradilla, 1984: caps. I y IV); de las formulaciones recientes de Castells sobre la ciudad informacional y el espacio de los flujos (Castells,

1989 y [1996], 1998; Borja y Castells, 1997); y las aplicadas al análisis de la ZMVM (Unikel *et al.*, 1976: IV B; Delgado, 1988, 1991a y 1991b; Terrazas, 1995, 2000, 2003 y 2005; Pradilla [2002], 2004 y 2008). Cada uno de estos planteamientos tiene una ubicación histórica y teórica concreta y analiza realidades diferentes, pero siguen siendo utilizadas alternativa o eclécticamente hoy en día.

La escuela de Chicago y los contornos urbanos

La escuela de la ecología humana de Chicago propuso una explicación sociológica del crecimiento urbano, sus procesos y problemas, además de tres “modelos” para explicar su morfología: los círculos concéntricos de Burgess; los sectores radiales de Hoyt; y los núcleos múltiples de Harris y Ullman (Richardson, 1993).

El planteamiento de los círculos concéntricos de Burgess ha sido hasta ahora el más utilizado para explicar la estructura urbana de las ciudades, pero ha enfrentado un gran número de críticas desde su publicación, que incluyen las formuladas por Castells (1971: 138), Bettin ([1979], 1982: 90), Richardson (1993: 29), Giddens ([1989], 1992: 591), y en nuestro medio, Óscar Terrazas (2005: 21). Hay que señalar, en descargo de Burgess, que la existencia de un solo núcleo central tuvo su momento, cuando la ciudad no había crecido periféricamente.

Autores latinoamericanos de distintas épocas han utilizado el modelo de zonas concéntricas de Burgess para explicar la lógica de estructuración urbana, a pesar de sus notorios problemas. En México encontramos el planteamiento de los *contornos*, aplicado por Luis Unikel (1976: IV B), y Javier Delgado (1988, 1991a y 1991b) para explicar la estructuración de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMVM).

Debido a las críticas hechas en su tiempo a la teoría de las zonas concéntricas, se elaboraron modelos alternativos para caracterizar la estructura urbana, entre los que destacan el de los sectores radiales de Homer Hoyt y el de los núcleos múltiples de Harris y Ullman, que presenta una hipótesis más apegada a la realidad de su tiempo, al plantear la formación de varios núcleos.

Los modelos propuestos por la escuela de Chicago para el estudio de la estructura urbana, tienen fuertes limitaciones: representan modelos de estructuras ideales y no reales; no toman en cuenta las diferencias entre las ciudades en la composición de las actividades urbanas, las irregularidades topográficas y las limitaciones impuestas por la heterogeneidad de las redes de transporte, entre otras (Richardson, 1993: 25). En la base de los problemas de estas propuestas se encuentra querer reducir el complejo y contradictorio accionar de las fuerzas económicas, sociales y políticas, además de los múltiples actores urbanos, en la diversidad de cada territorio y cada formación social nacional, a un simple modelo morfológico.

Además, se corre el riesgo de una generalización espuria al tratar de aplicar el esquema morfológico de una o varias ciudades a todas las aglomeraciones, dándole valor universal independientemente del momento histórico, la estructura socioeconómica y las particularidades culturales de las sociedades donde se localizan.

La centralidad y los subcentros urbanos

Durante mucho tiempo en América Latina la centralidad apareció en la investigación urbana como el elemento determinante en la estructuración de las ciudades. A ello contribuía: *a)* la presencia del centro histórico (CH) como concentración densa de

múltiples actividades político-administrativas locales y nacionales, culturales, religiosas, comerciales, de servicios y vivienda heredada de cuando esa zona era toda la ciudad (siglo XVIII y principios del XIX); *b)* la multiplicación de actividades económicas y de gestión pública y privada a partir del desarrollo del capitalismo mercantil y, sobre todo, de la industrialización en una expansión del CH sobre algunas zonas de su periferia, pues no ocurrió en todas como suponía el esquema de zonas concéntricas; y *c)* la popularidad de los modelos explicativos de las áreas concéntricas y la denominación de *ciudad central*.

El creciente deterioro físico-social de la centralidad y su despoblamiento por la salida de las capas sociales medias y altas desde mediados del siglo XX, la llevó a convertirse en tema de las preocupaciones de teóricos y planificadores urbanos. Manuel Castells en *La cuestión urbana* postulaba a la centralidad como un elemento específico de la estructura urbana y la definía básicamente a partir de su carga simbólica-ideológica (Castells [1972], 1978: 3ª, IV).

En mi trabajo de 1984 discrepo de esta caracterización y defino a la *centralidad* como concentración compleja de diversos soportes materiales de actividades pertenecientes a las tres subestructuras sociales: económica, política e ideológica; y señalo la presencia evidente de subcentralidades generadas por la expansión física de las ciudades (Pradilla, 1984: II), hecho confirmado por muchos otros investigadores que hablan de *ciudades policéntricas*, a partir de la observación de las realidades concretas (Duhau y Giglia, 2008: 4ª, 15).

La ciudad informacional y el espacio de los flujos

En *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* ([1996], 1998), Manuel Castells vuelve a hacer un planteamiento para-

digmático pero problemático sobre la lógica de estructuración urbana en la ciudad informacional (1989):

El espacio es tiempo cristalizado [...] el espacio es el soporte material de las prácticas sociales que comparten el tiempo [...] Los flujos no son sólo un elemento de la organización social: son la expresión de los procesos que *dominan* nuestra vida económica, política y simbólica [...] hay una nueva forma espacial característica de las prácticas sociales que conforman y dominan la sociedad-red: el espacio de los flujos. **El espacio de los flujos es la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de los flujos.**

El espacio de los flujos, como la forma material del soporte de los procesos y funciones dominantes en la sociedad informacional, puede describirse [...] mediante la combinación de al menos tres capas de soportes materiales que, juntos, lo constituyen. **La primera capa, el primer soporte material del espacio de los flujos, está formada por un circuito de impulsos electrónicos [...]** En esta red ningún lugar existe por sí mismo, ya que las posiciones se definen por los flujos [...]. **La segunda capa del espacio de los flujos la constituyen sus nodos y ejes [...]** **La tercera capa importante del espacio de los flujos hace referencia a la organización espacial de las élites gestoras dominantes** (Castells [1996], 1998: I, 6. Negritas y cursivas en el texto).

Castells afirma que en la lógica estructural territorial de la sociedad actual (sociedad-red informacional), el “espacio de los flujos” sustituye y domina al “espacio de los lugares”. A pesar del ingenio expositivo, no compartimos esta idea castellsiana reciente.

La noción de *modo de producción informacional* (Castells, 1989; Castells y Hall, 1994) carece de sustento teórico y analítico en el materialismo histórico-dialéctico del que es propio el concepto de *modo de producción*, y no se propone otro sustento alternativo.

Consideramos unidimensional la propuesta, pues se construye a partir de la lógica de la información, dejando de lado la complejidad de la combinación estructural de elementos y procesos urbanos que se expresa *en* y configura *la* realidad territorial, vivida y operada por la compleja estructura socioeconómica y de clases sociales actual. Aunque no negamos el papel de los flujos virtuales de información en la configuración urbana actual, para nosotros la ciudad sigue siendo una realidad material conformada por soportes materiales y lugares físicos concretos (infraestructuras e inmuebles), y por flujos materiales de personas, mercancías y vehículos, cuya lógica la establecen las relaciones estructurales entre los elementos que soportan, determinadas por el patrón de acumulación de capital, hoy neoliberal y mundializado.

De hecho, los flujos de información parten de un emisor (computadora y operador) localizado territorialmente en un lugar aun cuando sea móvil, requieren de medios de transmisión (unidades de telefonía fija o móvil, antenas, satélites, etc.) que ocupan lugares específicos y receptores localizados en soportes materiales concretos, todos generan y reciben flujos materiales de personas, mercancías y vehículos. Para que los flujos virtuales fluyan se requiere de objetos materiales —medios tecnológicos— producidos, intercambiados y ubicados también en lugares concretos, operados por sujetos sociales que ocupan lugares, etc. Para que exista un espacio de flujos se requiere necesariamente de un espacio de lugares; los dos son componentes dialécticos de la totalidad concreta.

El *Matrix*¹⁵ castellsiano, útil para entender el papel de los flujos de información en el territorio, no lo es para entender su conformación estructural ni las prácticas reales de los actores sociales urbanos concretos; ni sus contradicciones, y menos aún, para la forma de resolverlas.

Los corredores urbanos terciarios

Hoy, los investigadores urbanos deberíamos preguntarnos sobre los cambios en la configuración socioterritorial de las metrópolis latinoamericanas, generados por la reestructuración neoliberal de la economía y la sociedad. En particular, cuestionarnos sobre si éstas siguen estructurándose a partir de una centralidad única, si han transitado hacia formas policéntricas, o si se han desarrollado otras formas de estructuración. Estas preguntas no responden a una inquietud puramente morfológica (la cual tendría su importancia), sino a la necesidad de conocer los procesos socioeconómicos que determinan estos cambios en la forma urbana.

Basándonos en la investigación realizada sobre la ZMVM en 2002 y 2007 (Pradilla y Pino [2002], 2004; Pradilla *et al.*, 2008), afirmamos que en esta metrópoli ha ocurrido un cambio sustancial en la lógica de estructuración socioeconómica y territorial. La ZMVM pasó, a través de una fase de transición policéntrica de varias décadas de duración, de una estructura organizada a partir de una centralidad única, a configurarse como una red de corredores terciarios. Hasta la década de los años cuarenta del siglo XX, la Ciudad de México giró en torno a su centro, formado en el periodo colonial sobre la Plaza

¹⁵ A manera de caricatura, nos referimos a la ciudad virtual, holográfica, incluida en la saga filmica que se titula de esa manera.

Mayor de la Tenochtitlán azteca, el cual se expandió con el crecimiento urbano y la ampliación de la actividad comercial y profesional en la parte final del siglo XIX, y luego de la Revolución mexicana.

Pero desde el fin de la segunda Guerra Mundial, la continua expansión urbana impulsada por la industrialización, la llegada de campesinos inmigrantes y la salida de las capas adineradas del antiguo centro, llevó a la ocupación continua de terrenos cada vez más alejados sobre el territorio del Distrito Federal, y sucesivos municipios del vecino Estado de México. Las necesidades de consumo de la nueva población residente en las periferias (en particular la de ingresos medios y altos), que no podían ser resueltas en el cada vez más alejado centro, impulsieron la formación y desarrollo de subcentros periféricos localizados en los centros de las municipalidades absorbidas por la expansión metropolitana o en nuevos emplazamientos.

Sin que disminuyera el crecimiento urbano, en los años setenta del siglo XX aparecieron nuevos factores de cambio socioterritorial. La industria alcanzó su máximo nivel de participación en la economía nacional y local, al tiempo que se observaban los síntomas de agotamiento del patrón de industrialización por sustitución de importaciones con intervención estatal. El *boom* petrolero llevó al crecimiento sin control del gasto interno y al endeudamiento externo; a mediados de la década, los organismos multinacionales presionaron al gobierno para adoptar políticas de ajuste debido al crecimiento excesivo de la deuda externa; y luego de dos desaceleraciones internas del crecimiento económico, en 1982, sobrevino la crisis generalizada del capitalismo en el mundo.

En México, la aplicación de políticas neoliberales inició en 1983; en 1986 ingresó al GATT; desde 1988 se ampliaron

y profundizaron las medidas neoliberales, en particular la privatización de empresas estatales, incluida la de los bancos estatizados en 1982; y la apertura comercial internacional alcanzó su punto culminante en 1994 con la vigencia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), al cual siguieron varios más, con los que entramos en la libre circulación mundial de mercancías y capitales.

Las crisis de 1982 y 1986, la contracción del mercado interno por la caída del salario real y la competencia con los productos importados; el surgimiento de *deseconomías de aglomeración* y una política pública de desconcentración industrial, llevaron al inicio de la desindustrialización de la metrópoli, que hoy continúa. Estos factores empujaron a la terciarización de la metrópoli. El capital transnacional fluyó hacia el sector bancario, hoy casi totalmente en manos extranjeras, y el comercial bajo la forma de filiales y franquicias así como el inmobiliario.

Los centros y plazas comerciales que habían aparecido a finales de los años sesenta se multiplicaron como nuevo campo de acumulación para el capital inmobiliario, comercial y rentista. Hoy existen más de 220 de diferentes tamaños y características. El crecimiento del parque automotriz, promovido por los gobiernos locales con la creación de nuevas vialidades expresas, definió la localización de los centros comerciales y los edificios corporativos: los ejes viales de alto tránsito vehicular. Los centros comerciales se adhieren a los corredores terciarios en formación, o dan lugar a su desarrollo a lo largo de las vías en las que se instalan. Estas implantaciones atraen a pequeñas y grandes unidades bancarias, de comercio y servicios. Las subcentralidades se alargaron sobre los ejes de flujos materiales de personas y vehículos, hasta perder su forma concéntrica y, articular a varios de ellos, y entretejiéndose en

red; hasta la antigua centralidad, que había perdido su dinamismo por la nueva lógica de implantación terciaria, tendió a reorganizarse sobre sus ejes más importantes.

Hoy registramos en la metrópoli una trama de 72 corredores terciarios con diversa longitud, densidad de construcción y de concentración de actividades terciarias, consolidados o en proceso de consolidación, y sirven a comunidades locales, a zonas amplias de la ciudad, o son utilizados por la población de toda la metrópoli. Los cruces de dos o más corredores terciarios y algunos hitos particulares constituyen modos de articulación e intercomunicación de la red.

Los componentes básicos de los corredores terciarios son los centros y las plazas comerciales y los agrupamientos longitudinales de pequeños y medianos comercios; las oficinas bancarias y otras actividades financieras; los servicios privados o públicos orientados hacia las actividades económicas o los usuarios domésticos, servicios de reparación, hoteles, restaurantes y lugares de entretenimiento, actividades culturales y oficinas de gestión de empresas e instituciones públicas y privadas. La presencia de vivienda sobreviviente del pasado o de nuevos desarrollos no modifica al corredor si lo terciario es dominante, en particular en los nuevos inmuebles de usos mixtos de vivienda, comercio, oficinas y hotelería.

La red de corredores terciarios sobre vías de alta intensidad de flujos de personas y vehículos, atrapa en su interior las antiguas áreas de vivienda a las que sirven como lugares de intercambio, de aprovisionamiento de mercancías y servicios y de entretenimiento, dando lugar a un efecto de fragmentación de las áreas antes integradas. Muchos corredores se han formado al desplazar, destruir y sustituir por nueva arquitectura, zonas de vivienda con valor patrimonial, no protegidas de manera adecuada.

Estos corredores, como sus antecesores las subcentralidades, no constituyen verdaderas centralidades urbanas. Son agrupaciones mercantiles organizadas en función del intercambio, que carecen de muchas actividades públicas propias de la vida urbana colectiva: cultura, religión, política, espectáculo callejero libre, etc.; se forman para el automóvil, no para el peatón, carecen de vida de relaciones humanas directas; sólo los centros comerciales aparecen como pseudocentralidades, dominadas por la mercancía: las centralidades de la ciudad neoliberal.

Detrás de la formación de los corredores terciarios se encuentra una nueva estrategia de diversas fracciones del capital. Para el conjunto del capital, los corredores son la oportunidad para modernizar, por restauración o reconstrucción total, sus ámbitos de operación y gestión, considerados obsoletos ante las nuevas condiciones tecnológicas. En ellos, el capital inmobiliario logra recuperar para su revalorización, y por la vía del mercado, áreas destinadas a otras actividades, en particular a la vivienda, cuyo precio de producción ya fue recuperado, y así apropiarse de nuevas rentas del suelo, sobre todo diferenciales de localización, creadas socialmente. En la construcción de oficinas, centros y plazas comerciales, o vivienda de sectores de ingresos medios y altos, el capital inmobiliario y constructor lleva a cabo procesos de valorización de su capital productivo y genera nuevas rentas diferenciales de localización que rentabilizarán sus acciones futuras en el mismo corredor, dentro de un proceso continuo de expansión de las áreas beneficiadas. Todos los propietarios de suelo, aun los desplazados por la formación del corredor, se apropiarán alícuotamente de las rentas del suelo absolutas o monopólicas y las de localización, generadas por el crecimiento urbano y por la demanda de emplazamientos terciarios.

Los procesos de formación de los corredores terciarios han sido de diferente naturaleza; en la mayoría de los casos son el resultado de múltiples acciones de agentes sociales —comerciantes pequeños y grandes, prestadores de servicios, empresas, constructores y promotores inmobiliarios—, para beneficiarse de la demanda. En otras ocasiones, son parte de grandes proyectos de renovación urbana impulsados por el capital inmobiliario, con apoyo o promoción estatal. En otros casos, son resultado de los planes de desarrollo y las políticas urbanas de gobiernos locales.

Sólo podemos afirmar que en la Ciudad de México y otras metrópolis mexicanas se está consolidando la reestructuración urbana con base en una red de corredores urbanos terciarios. No podemos generalizarlo a otras metrópolis latinoamericanas, pero tenemos indicios de que este proceso también ocurre en otras metrópolis. Sólo la investigación concreta nos permitirá llegar a generalizaciones sustentadas y a establecer las condiciones económicas, sociales, culturales y de política urbana que los generaron. Entonces, podremos hablar de una nueva forma general de estructuración urbana.

Lo universal y lo particular en la economía urbana en América Latina

Desde su ingreso a la historia universal, con la conquista española o portuguesa que significó su inserción en el proceso mundial de acumulación originaria de capital (Marx [1867], 1975: I, 3, XXIV), la economía de América Latina ha estado sometida al dominio externo. Primero fue el dominio colonial español o portugués durante cuatro siglos. Luego de las independencias nacionales en la primera mitad del siglo XIX, las

economías de los nacientes países se subordinaron a las de los países dominantes en el capitalismo de entonces, los europeos y los Estados Unidos, bajo el patrón primario exportador e importador de manufacturas del capitalismo mercantil. En la larga fase de crisis económica y política que enfrentaron las (a las) potencias capitalistas entre las dos guerras (1914-1945), se dieron las condiciones para la industrialización por sustitución de importaciones en la región (1940-1980), bajo la tutela imperialista y la participación activa de las empresas transnacionales (Pradilla, 2009: I). El patrón neoliberal de acumulación de capital se nos impuso luego de la crisis de 1982, a partir del Consenso de Washington, con la mediación de los organismos multinacionales (FMI, BM, OMC) y las corporaciones transnacionales.

Pero no hemos sido el “reflejo” de los dominadores: nuestras estructuras económico-sociales se modelaron y remodelaron a partir de las características particulares del territorio, las culturas previas a la Conquista, los intereses y prácticas de las clases dominantes internas en su relación de conflicto o integración con las externas, las luchas defensivas o revolucionarias, y las derrotas de las clases explotadas y oprimidas. Por estas razones estamos en el polo dominado de las relaciones mundiales y nuestros países presentan grados diversos de desarrollo económico y social: somos una combinación de desigualdades.

Hablamos de América Latina porque compartimos rasgos estructurales económicos, sociales, culturales y políticos, positivos o negativos, a lo largo de la historia, desde la época precolombina hasta hoy, aun a pesar de las clases dominantes. Los territorios formados por estos procesos expresan esa combinación compleja de dominio externo, rasgos estructurales comunes y particularidades históricas; no son iguales ni

funcionan de la misma forma que los de los países dominantes, pero presentan rasgos estructurales y tendencias similares unos con otros; también expresan particularidades nacionales y regionales.

Sólo la presencia dominante en todas las particularidades nos permitirá hablar de algo como general o universal.

Los modelos elaborados para explicar los territorios de los países dominantes o alguno de ellos, no sirven para explicar los de países dominados, porque unos y otros son polos opuestos en la relación de dominación mundial. Aun en los países latinoamericanos, los modelos generales sólo funcionan si cumplen la regla de la universalidad. Tenemos por lo tanto, que construir explicaciones propias sobre nuestros procesos socioeconómicos y territoriales, con las debidas precauciones sobre las particularidades. Esto nos llevaría a construir una teoría urbana regional para América Latina (Pradilla, 2010b).

Como discrepamos de los posmodernistas y su “muerte de los metarrelatos”, creemos que las teorías sociales generales siguen vivas, pues construyen conceptos generales, lógicas, tendencias y leyes de operación de los procesos generales –no de las particularidades– para formas generales de organización social, por lo que conservan su validez y capacidad como herramientas para la construcción de las teorías regionales. Las teorías sociales siguen regidas por posiciones de clase, como apoyo o crítica a la(s) sociedad(es) realmente existente(s), originando teorías sociales generales divergentes, contrapuestas. Por eso no creemos en la verdad única neoliberal, y promovemos y participamos en la construcción de una teoría urbana regional crítica para América Latina que integre la desigualdad, la particularidad, como uno de sus elementos constitutivos.

Bibliografía

- ALVATER, Elmar y Birgit Mahnkopf ([2000], 2002), *Las limitaciones de la globalización*, México, Siglo XXI.
- AMIN, Samir ([1997], 1999), *El capitalismo en la era de la globalización*, Barcelona, Paidós.
- ([2001], 2003), *Más allá del capitalismo senil*, Buenos Aires, Paidós.
- BASSOLS, Mario *et al.* (1988), *Antología de sociología urbana*, México, UNAM.
- BENKO, Georges y Alain Lipietz (1992), *Les régions qui gagnent*, París, PUF.
- BETTÍN, Gianfranco ([1979], 1982), *Los sociólogos de la ciudad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- BORJA, Jordi y Manuel Castells (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- BOYER, Robert ([1987], 1989), *La teoría de la regulación: un análisis crítico*, Buenos Aires, Humanitas.
- BURGESS, Ernest W. (1925), “El crecimiento de la ciudad: introducción a un proyecto de investigación”, en Mario Bassols *et al.* (comps.), *Antología de sociología urbana*, México, UNAM, 1988.
- CARDOSO, Fernando y Enzo Faletto (1969), *Desarrollo y dependencia en América Latina*, México, Siglo XXI.
- CASTELLS, Manuel (comp.) (1973), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, Gustavo Gili.
- ([1972], 1978), *La cuestión urbana*, México, Siglo XXI.
- (1989), *The Informational City. Information Technology, Economic Restructuring and the Urban-Regional Process*, Cambridge, Basil Blackwell.
- ([1996], 1998), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, 3 vols., Madrid, Alianza.
- CASTELLS, Manuel y Peter Hall (1994), *Las tecnópolis del mundo. La formación de los complejos industriales del siglo XXI*, Madrid, Alianza.
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL) (2001), *Una década de luces y sombras. América Latina y el Caribe en los años noventa*, Bogotá, Alfaomega.
- COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL) (2005), *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2005*, Santiago de Chile, ONU.
- (2007a), *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2007*, Santiago de Chile, ONU.
- (2007b), *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe. Estadísticas económicas*, Santiago de Chile, ONU.
- CONNOLLY, Priscilla (1990), “Dos décadas de sector informal”, *Sociológica*, 5, 12, enero-abril, México, UAM-Azcapotzalco.
- CORIAT, Benjamin (1989), “Le débat théorique sur la désindustrialisation: arguments, enjeux et perspectives”, *Economie appliquée*, XLII, 4, Francia, Grenoble.
- (1990), *L'atelier et le robot*, París, Christian Bourgois.
- (1991), *Penser à l'envers. Travail et organisation dans l'entreprise japonaise*, París, Christian Bourgois.
- DE MATTOS, Carlos (2009), “Modernización capitalista y Revolución urbana en América Latina: cinco tendencias genéricas”, en Peter Brand (coord.), *La ciudad latinoamericana en el siglo XXI. Globalización, neoliberalismo, planeación*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- DE SOTO, Hernando ([1986], 1987), *El otro sendero*, México, Diana.
- Desal (1969), *Marginalidad en América Latina*, 2 t., Barcelona, Herder.
- DELGADO, Javier (1988), “El patrón de ocupación territorial de la Ciudad de México al año 2000”, en Óscar Terrazas y Eduardo Preciat (comps.), *Estructura territorial de la Ciudad de México*, México, Plaza y Valdés, 1988.
- (1991a), “Centro y periferia en la estructura socioespacial de la Ciudad de México”, en Martha Schteingart (coord.), *Espacio y vivienda en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- (1991b), “Valle de México: el crecimiento por conurbaciones”, *Revista Interamericana de Planificación*, vol. 24, núm. 94, abril-junio, Antigua (Guatemala).
- DOTSON, Floyd y Lillian Ota Dotson (s/f), “La estructura ecológica de las ciudades mexicanas”, en Mario Bassols *et al.* (comps.), *Antología de sociología urbana*, México, UNAM, 1988.

- DUHAU, Emilio y Ángela Giglia (2008), *Las reglas del desorden: habitar la metrópoli*, México, UAM-Azcapotzalco/ Siglo XXI.
- GARZA, Gustavo (2000), "La megaciudad de México, ¿una urbe global?", *Fundación Arturo Rosenblueth*, 2, 10, junio, México.
- (2006), "La dimensión espacial de la revolución terciaria", en Gustavo Garza (coord.), *La organización espacial del sector servicios en México*, México, El Colegio de México.
- GERMANI, Gino (1973), *El concepto de marginalidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- GIDDENS, Anthony ([1989], 1992), *Sociología*, Madrid, Alianza.
- GILLY, Adolfo (2002), "El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX", México, *La Jornada*.
- GRAY, John ([1998], 2000), *Falso amanecer. Los engaños del capitalismo global*, Buenos Aires.
- GUILLÉN ROMO, Héctor (1997), *La contrarrevolución neoliberal*, México, Era.
- GUTIÉRREZ PUEBLA, Javier (1984), "Christaller: la teoría de los lugares centrales", en Héctor Ávila Sánchez (comp.), *Lecturas de análisis regional en México y América Latina*, Texcoco, Universidad Autónoma de Chapingo, 1993.
- HOLLOWAY, John ([1990], 1994), "El capital es lucha de clases (y los osos no son cariñosos)", en Werner Bonefeld y John Holloway (comps.), *¿Un nuevo Estado? Debate sobre la reestructuración del Estado y el capital*, México, Cambio XXI, 1994.
- HOLLOWAY, John y Eloísa Pérez ([1990], 1994), "Aprendiendo a hacer reverencias: posfordismo y determinismo tecnológico", en Werner Bonefeld y John Holloway (comps.), *¿Un nuevo Estado? Debate sobre la reestructuración del Estado y el capital*, México, Cambio XXI, 1994.
- KALMANOVITZ, Salomón (1982), "Cuestiones de método en la teoría del desarrollo", *Comercio Exterior*, 32, 5, mayo, México, Banco Nacional de Comercio Exterior.
- (1982), *Teoría del desarrollo capitalista tardío*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- (1983), *El desarrollo tardío del capitalismo. Un enfoque crítico de la teoría de la dependencia*, Bogotá, Siglo XXI.
- KULFAS, Matías y Daniela Ramos (1999), *El nuevo empleo industrial en la Argentina, educación, calificaciones y organización del trabajo en los noventa*, Buenos Aires, Secretaría de Industria, Comercio y Minería, Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos.
- LEBORGNE, Daniele y Alain Lipietz (1987), "New technologies, new modes of regulation: some spatial implications", conferencia internacional *Technology, Restructuring and Urban-Regional Development*, Dubrovnik, Yugoslavia.
- (1988), "Flexibilité défensive ou flexibilité offensive: les défis des nouvelles technologies et de la compétition mondiale", conferencia internacional *Trends and Challenges of Urban Restructuring*, Río de Janeiro.
- LEFEBVRE, Henri ([1968], 1969), *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Ediciones Península.
- LENIN, Vladimir I. ([1917], 1961), "El imperialismo, fase superior del capitalismo", *Obras escogidas*, 3 t., Moscú, Progreso.
- LEZAMA, José Luis (1993), *Teoría social. Espacio y ciudad*, México, El Colegio de México.
- LIPIETZ, Alain (1984), "La mundialización de la crisis general del fordismo: 1967/1984", *Economía: teoría y práctica*, núm. extraordinario 1, México, UAM-Xochimilco.
- LOJKINE, Jean ([1977], 1979), *El marxismo, el Estado y la cuestión urbana*, México, Siglo XXI.
- LYOTARD, Jean-François ([1989], 1990), *La condición posmoderna*, México, Red Editorial Iberoamericana.
- MÁRQUEZ LÓPEZ, Lisett y Emilio Pradilla Cobos (2008), "Desindustrialización, terciarización y estructura metropolitana: un debate conceptual necesario", *Cuadernos del Cendes*, 69, septiembre-diciembre, Caracas, Cendes, Universidad Central de Venezuela.
- MARX, Karl ([1857-1858], 1903), "Formas que preceden a la producción capitalista", en Karl Marx y Eric J. Hobsbawm, *Formaciones económicas precapitalistas*, México, Pasado y Presente/ Siglo XXI, 1971.
- ([1867], 1975), *El capital*, 3 t., 8 libros, México, Siglo XXI.

ORTIZ CRUZ, Etelberto (2006), "El sector servicios en la transformación de la estructura económica de México 1900-2003", en Gustavo Garza (coord.), *La organización espacial de los servicios en México*, México, El Colegio de México.

PARNREITER, Christöf (1998), "La Ciudad de México: ¿una ciudad global?", *Anuario de Estudios Urbanos*, México, UAM-Azcapotzalco.

PÉREZ NEGRETE, Margarita (2002), "Las metrópolis latinoamericanas en la red mundial de ciudades", *Memoria*, 156, febrero, México.

PETRAS, James y Henry Veltmeyer ([2001], 2003), *La globalización desenmascarada. El imperialismo en el siglo XXI*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas/ Miguel Ángel Porrúa.

PORTES, Alejandro (1989), "El sector informal: definición, controversias, relaciones con el desarrollo nacional", en Mario Lungo, *Lo urbano: teoría y métodos*, San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1989.

——— (1995), *En torno a la informalidad; ensayos sobre teorías y medición de la economía no regulada*, México, Flacso/ Miguel Ángel Porrúa.

PRADILLA COBOS, Emilio (1981), "Desarrollo capitalista dependiente y proceso de urbanización en América Latina", *Revista Interamericana de Planificación*, núm. 57, marzo, México.

——— (1984), *Contribución a la crítica de la "teoría urbana". Del "espacio" a la "crisis urbana"*, México, UAM-Xochimilco.

——— ([1974-1985], 1987), *Capital, Estado y vivienda en América Latina*, México, Fontamara.

——— ([1988], 1995), "El mito neoliberal de la informalidad urbana", en José Luis Coraggio et al., *Más allá de la informalidad*, Quito, Grupo CIUDAD.

——— (2009), *Los territorios del neoliberalismo en América Latina*, México, UAM-Xochimilco/ Miguel Ángel Porrúa.

——— (2010a), "Mundialización neoliberal, cambios urbanos y políticas estatales en América Latina", *Cadernos Metrópole*, 24, 2º semestre, Sao Paulo, Observatorio das Metrópoles.

——— (2010b), "Teorías y políticas urbanas: ¿libre mercado mundial o construcción regional?", *Revista Brasileira de Estudos Urbanos e Regionais*, 12, 2, noviembre, Sao Paulo.

PRADILLA COBOS, Emilio y Lisett Márquez López (2004), "Estancamiento económico, desindustrialización y terciarización informal en la Ciudad de México, 1980-2003, y potencial de cambio", en Ana Clara Torres Ribeiro et al. (comps.), *Globalização e território. Ajustes periféricos*, Río de Janeiro, IPPUR/ Arquimedes, 2005.

PRADILLA COBOS, Emilio y Ricardo Pino Hidalgo ([2002], 2004), "Ciudad de México: de la centralidad a la red de corredores urbanos", *Anuario de Espacios Urbanos*, México, UAM-Azcapotzalco.

PRADILLA COBOS, Emilio et al. (2008), "Centros comerciales, terciarización y privatización de lo público", *Ciudades*, núm. 79, julio-septiembre, México, RNIU.

PRADILLA COBOS, Emilio et al. (2011), "Cambios económicos y morfológicos, y conflictos sociales en la Zona Metropolitana del Valle de México (1982-2010)", Colloque Métropoles des Amériques: inégalités, conflits et gouvernance, 4-5 octubre, Montreal.

PROST, Marie-Andrée (1965), *La hiérarchie des villes en fonction de leurs activités de commerce et de service*, Paris, Gauthier Villars.

PSYCHOPEDIS, Kosmas (1990), "La crisis de la teoría en las ciencias sociales contemporáneas", en Werner Bonefeld y John Holloway (comps.), *¿Un nuevo Estado? Debate sobre la reestructuración del Estado y el capital*, México, Cambio XXI, 1994.

QUIJANO, Aníbal (1973), "La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina", en Manuel Castells (comp.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, Gustavo Gili.

REMY, Jean (1966), *La ville, phénomène économique*, Bruselas, Vie Ouvrière.

RICHARDSON, Harry (1993), "Modelos en torno a la estructura urbana", en Sergio Flores González (comp.), *Desarrollo metropolitano. Análisis y perspectivas*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla.

ROSTOW, W. W. ([1960], 1963), *Les étapes de la croissance économique*, Paris, Éditions du Seuil.

SASSEN, Saskia ([1991], 1999), *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio*, Argentina, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

- SCHTEINGART, Martha (comp.) (1973), *Urbanización y dependencia en América Latina*, Buenos Aires, SIAP.
- SINGER, Paul (1973), "Urbanización, dependencia y marginalidad en América Latina", en Manuel Castells (comp.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, Gustavo Gili.
- SOBRINO, Jaime (2003), *Competitividad de las ciudades en México*, México, El Colegio de México.
- STORPER, Michael (1988), "La industrialización y el desarrollo regional en el Tercer Mundo, con especial referencia al caso del Brasil", *Estudios Demográficos y Urbanos*, 14, mayo-agosto, México, El Colegio de México, 1989.
- TERRAZAS, Óscar (1995), "Los ejes de la metropolización", *Anuario de Estudios Urbanos 1995*, 2, México, UAM-Azcapotzalco.
- (2000), "Las nociones de centro en la ciudad global", *Anuario de Espacios Urbanos 2000*, México, UAM-Azcapotzalco.
- (2003), "Centralidad y globalización en la Ciudad de México", *Anuario de Espacios Urbanos 2003*, México, UAM-Azcapotzalco.
- (coord.) (2005), *La ciudad de los caminos. El caso del corredor Tlaxcala-Puebla*, México, UAM-Azcapotzalco.
- THERET, Bruno y Michel Wieviorka ([1978], 1980), *Crítica de la teoría del "capitalismo monopolista de Estado"*, México, Terra Nova.
- TOPALOV, Christian (1979), *La urbanización capitalista*, México, Edicol.
- UNIKEL, Luis y Andrés Necochea (1975), *Desarrollo urbano y regional en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica.
- UNIKEL, Luis et al. (1976), *El desarrollo urbano en México*, México, El Colegio de México.
- VALIER, Jacques ([1976], 1978), *El Partido Comunista Francés y el capitalismo monopolista de estado*, México, Era.
- WEFFORT, Francisco (1974), "Notas sobre la teoría de la dependencia ¿teoría de clase o ideología nacional?", *Ideología y sociedad*, 11, octubre-diciembre, Bogotá.